

Capítulo VIII

JUAN CARLOS BLUMBERG Y LA INTERPELACIÓN DE LA SOCIEDAD CIVIL

EL 24 DE MARZO DE 2004, en Buenos Aires, el Estado devolvía uno de los más terribles centros clandestinos de detención a las organizaciones de derechos humanos: la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA). En la ceremonia, el presidente de la República, por primera vez en la historia, pedía perdón en nombre del Estado por el genocidio perpetrado en Argentina. La ESMA fue invadida por ciudadanos que lloraban, gritaban, cantaban, oraban o simplemente se quedaban sentados mirando los muros de las que fueron celdas, en un silencio de duelo. Poco más tarde, una enorme muchedumbre recordaba en las calles la fecha del 24 de marzo de 1976 y repudiaba el golpe de Estado. Sólo algunos grupos dispersos salieron a defender la acción del gobierno militar. Así, frente a la ESMA, en un edificio, alguien había colgado una bandera que decía: “Viva la Armada”.

La relación tradicional del Estado con la ciudadanía parecía anunciar ciertos cambios. El Estado simbólicamente aceptaba las acusaciones que buena parte de la sociedad le había hecho y –al menos en el nivel de la retórica– mostraba que debía aprender y cambiar en relación a la sociedad civil. En una clave semejante a la planteada por el BM, dejaba de mostrar su cara despótica para presentar una faz de comprensión y cuidado hacia la ciudadanía. El nuevo perfil se consolidaba en una imagen que todos vieron con sorpresa desde sus casas: el presiden-

te de la República sacaba el retrato de Jorge Rafael Videla (presidente de facto que rompió el orden constitucional en 1976, responsable de miles de muertes y desapariciones, cuyas palabras fueron citadas en el capítulo anterior) del salón del Colegio Militar en el que estaba junto a otros jefes de las Fuerzas Armadas. Esa imagen impulsó a más personas a lanzarse a las calles. Algo parecía cambiar en Argentina.

Aquel día, casi a la misma hora en que los canales de televisión mostraban la escena de la ficcional abolición del padre despótico y del renacimiento del Estado como padre amoroso que porta la ley y no se la apropia, al mismo tiempo que el presidente constitucional de la República en ese acto hacía la promesa de que el Estado restauraría la imaginaria comunidad perdida e interpelaba a integrarse a ella, uno de los medios de comunicación de mayor audiencia televisiva, y propiedad de los sectores más concentrados del capital en Argentina, daba la noticia de que el joven Axel Blumberg –secuestrado días antes a fin de cobrar rescate– había sido asesinado en un confuso episodio el día anterior. A partir de allí se iniciaba una campaña mediática basada en el signifiante “inseguridad”, que resignificó todos los terrores de los argentinos.

LA MATRIZ DE INTERPELACIÓN IDEOLÓGICA

Rápidamente se constituyó una matriz de interpelación basada en varios elementos.

Interesa considerar, en primer lugar, *desde dónde* se interpela a la ciudadanía; se trata del lugar que ocupa la muerte, pero en particular la muerte del hijo, percibida como brutal y sin sentido. Muerte que es resignificada como una ausencia de comunidad.

El segundo elemento es la *búsqueda de una mítica unidad* que cobije del desamparo. Unidad que debe ser restaurada o construida.

Esa tarea fue asumida por el padre. De ese modo, *quien interpela* es alguien que habla desde el lugar de “padre” y “víctima”, no desde el de ciudadano. Más allá de quién esté en ese rol, lo importante es que habla como familiar sufriente, no como militante político.

Ese espacio se constituye para cumplir una *función*, que consiste en la promesa de que la comunidad será reconstruida; para lograrlo, será menester transformar las leyes.

Pero la situación que se vive es urgente, y la urgencia exige el estado de excepción, que crea el Derecho a partir del hecho. El *modo*, entonces, de restaurar la ley supone una nueva forma de decisionismo.

El *objeto de la interpelación* es el Estado, y en particular la justicia. Se trata, en suma, de la judicialización del Estado y de una modificación radical de la justicia, en particular de la justicia penal. El objetivo no son las leyes aisladas, sino la filosofía misma que la sustenta.

La ficcionalización de una mítica comunidad requiere de una condición: la construcción de un afuera, por referencia al cual la comunidad se constituye. El *referente* que causa o motiva la interpelación es, entonces, un conjunto de ideas vagas y ambiguas; se trata de la búsqueda de “justicia”, y de “seguridad”, pues los responsables por la “inseguridad” y la “injusticia” son “los funcionarios”, pero también puede serlo cualquier sujeto que en el imaginario aparezca fuera de los cánones de lo esperado en términos de moral cotidiana (desde un joven tatuado hasta un niño que limpia parabrisas en las calles, o un travesti que vende sexo en las plazas).

Por eso, el *contenido* de la matriz ya no alude a la “humanidad”, que en el lenguaje del pacto de unión incluye en el *todos* también a los que delinquen. Los “humanos”, sujetos de derechos, son ahora los “ciudadanos decentes”, dado que las leyes estarían sirviendo sólo para proteger delincuentes.

Todas estas operaciones se realizan en *rituales*, concretados en marchas, misas, oraciones interreligiosas, y una fuerte acción de los medios. El reclamo se presenta desprovisto de color político, por fuera de la historia, más allá de la carne; adquiere la dimensión de lo sagrado, fuera del tiempo, se instala en un momento mítico que funda o refunda imaginariamente la historia. Sin embargo, estos rituales, en su materialidad concreta, son rellenados estratégicamente en una relación de fuerzas cambiante. Es por eso que la matriz no es una estructura inerte, sino que deviene un dispositivo ideológico que genera resistencias que lo transforman.

AXEL BLUMBERG. LA INDEFENSIÓN Y LA AUSENCIA DE COMUNIDAD

La imagen de Axel Blumberg fue presentada como la de un joven de clase media alta, con un “porvenir brillante”, atildado, de sonrisa franca, dotado de todas las excelencias académicas y humanas: buen compañero, buena persona, buen hijo, buen estudiante, comprensivo hacia los jóvenes de su generación que viven o sobreviven en la miseria. La figura semejaba, de algún modo, al hijo que muchos argentinos hubiesen deseado. “Pobrecito, qué pena y con el porvenir que tenía”, decía una mujer de 50 años en una marcha por Axel. El interrogante que surge frente a esta frase es: ¿y si no hubiese “tenido porvenir”, habría merecido esa muerte cruel? La afirmación expresa la emergencia del espectro ideológico de las clases medias, que aun cuando intentan ocluir el oscuro racismo no pueden evitar que este se cuele inadvertidamente.

En los relatos de las personas entrevistadas, el brutal crimen se asocia, a veces de modo confuso, otras con toda claridad, a los cercenamientos sufridos por los sectores medios y empobrecidos. Pero también a la creciente zozobra que los sectores altos, particularmente los nuevos ricos que amasaron fortunas en pocos años, sienten ante el inocultable

hecho de que “se ha llenado de pobres el recibidor”. Esos grupos, encerrados, guetificados y aterrados, comienzan a experimentar angustia ante una situación que no saben si podrán controlar. Para ellos, particularmente para ellos, los pobres son los nuevos malditos de la tierra que encarnan todos los peligros que los acechan. Sus riquezas pueden ponerlos a salvo de muchos inconvenientes, pero hay uno que se insinúa como insalvable: la muerte. Todo acto que se realice para sostener los derechos de quienes son percibidos como potenciales delincuentes es leído por esos ciudadanos como hechos que deben ser combatidos. Los pobres, y en especial los jóvenes pobres y los “piqueteros”, son el lugar en el que miembros de clases altas, medias y nuevos pobres –que se autoperciben aún como “clase media”– proyectan sus miedos. Son los significantes de los males que afligen a la República.

M. 55 años: El Sr. *Elía* [se refiere al líder piquetero Luis D'Elía que por entonces era diputado nacional], que hay que ver lo que es el Sr. *Elía*, diputado [...] entra a la Casa de Gobierno por la puerta grande y un diputado como el Dr. Natale [de larga trayectoria política y proveniente de las clases medias altas] o otros señores no pueden entrar, por qué, porque está prohibido, *porque el Sr. Presidente es un dictador* (Misa por Axel).

M. 50 años: En este momento, en todos lados, sea en Recoleta, donde yo por ejemplo vivo [se refiere a uno de los barrios más caros de Buenos Aires], pero en cualquier calle, raptan, sacan, roban [...] Eh, pienso que en la inseguridad estamos en las manos de Dios, nada más. Porque hay violaciones, hay raptos, hay todo y el gobierno no hace absolutamente nada. Es un asco todo. Uno ve las calles, yo pago en Recoleta impuestos que no los tendría por qué pagar y no porque a mí no me importe nada, porque durante más de un año he repartido comida por San Nicolás de Bari [iglesia situada en un barrio tradicional] y lo tuve que hacer, señora, por *inseguridad*, porque tenía miedo que me hicieran así con un cuchillo [efectúa un gesto que indica cortar el cuello] y mi marido me prohibió, eh, entonces usted camina por las calles y donde se vuelve encuentra delincuentes... y sí... estoy... mal [En el momento en que esta persona estaba siendo entrevistada, se suman varias personas jóvenes a la conversación y gritan –refiriéndose al presidente de la República– “¡Este quiere ser como Castro! ¡Quiere que seamos como Venezuela, quiere ser como Chávez!” “Tené cuidado con esa, no le des información [refiriéndose a mí, que tenía el grabador en la mano] puede ser de una radio zurda” (Misa por Axel Blumberg).

Pero la muerte del joven Axel Blumberg, que ante los ojos de cualquier espectador aparece como absurda y arbitraria, condensaba también, por un lado, la imagen de las 30 mil muertes por las que el Estado había pedido perdón el 24 de marzo de 2004 (de hecho, en las dos primeras marchas realizadas en su nombre, se vieron carteles que hacían alusión a ellos, así como los tradicionales pañuelos blancos de la Madres de Plaza de Mayo); y por otro, la muerte se asociaba a la idea de que el acto de contricción estatal era absurdo, dado que acaso aquellos 30 mil muertos estaban bien muertos, ya que habían desatado tempestades de todo tipo.

M. 74 años: No era gente de bien, jóvenes de bien...

E.: ¿A quién se refiere?

M.: A todos los que mataron los militares y... y bueno, sí a todos los que mataron los militares, la verdad... (misa por Axel Blumberg).

Desde la desaparición forzada de personas a mediados de los años setenta, la hiperinflación a final de los ochenta, hasta la expropiación de los ahorros en 2001, pasando por la desocupación y precariedad laboral, los secuestros extorsivos cargados de violencia aparentemente inmotivada, la violencia entre familiares o vecinos, hasta los viejos ideales igualitarios, todas estas capas arqueológicas de las memorias aparecen en las respuestas de los entrevistados.

Así, la *percepción de estar sometidos a la más profunda arbitrariedad* ha generado en buena parte de la población porteña y del Conurbano una enorme sensación de incertidumbre; esta es hija de la indefensión, y ha provocado un sentimiento que puebla diversos relatos: la angustia expresada como miedo (Murillo, 2003).

M. 45 años: Con el asunto de los secuestros tengo mucho miedo también por los chicos [que] no se queden conversando afuera, que entren [a la casa] que pueden hablar tranquilos [...] que no se queden en la puerta de calle, eso me da mucho miedo (Participó activamente para apoyar el petitorio de Juan Carlos Blumberg).

Esa sensación de indefensión fue fomentada por los medios tras la muerte de Axel Blumberg, particularmente los que están ligados a grupos conservadores que apoyaron las reformas de los años noventa. Varios de ellos agitaron la idea de “frustración e impotencia” (Fontana, 2004). Lo sugerente es que en muchos casos la remisión al desamparo y la exigencia de mano dura es mostrada como “una estrategia a favor de la vida” (Caselli, 2004). En este movimiento discursivo, el pedido de endurecimiento de penas y de expulsión de funcionarios elegidos democráticamente se presenta como una “apuesta a la esperanza y al amor” que acabará con el miedo.

Muchos jóvenes han muerto de diversas maneras en democracia (Isla y Miguez, 2003), víctimas del “gatillo fácil” policial. La mayoría de esos casos no habían sido esclarecidos. Esos hechos provocaron reacciones de diverso signo; sin embargo, la muerte del joven Axel Blumberg sería procesada socialmente de modo diferente a otras.

El asesinato serviría para construir una nueva matriz de interpelación ideológica. Los familiares de personas desaparecidas durante el proceso militar que presidió el país entre 1976 y 1983 llevaron y llevan adelante una lucha mundialmente conocida, pero en ella no se esgrimió la “apoliticidad”. Por el contrario, un elemento fundamental de la nueva matriz de interpelación es el hecho de que el asesinato de Axel Blumberg fue presentado como desposeído de “todo color político”. Su muerte asumió paulatinamente un carácter casi metafísico, dado que se la mostró públicamente como proviniendo desde el sinsentido, desde lo inexplicable. La simple lectura de la crónica en la bibliografía, en los diarios o en los relatos de entrevistados produce, aun en el lector más distante, una sensación de fuerte indefensión, de estar sometidos a la arbitrariedad, al azar, a lo incomprensible e ingobernable. Desde ese lugar vacío, en los relatos mediáticos y las entrevistas callejeras, esta muerte pareció condensar las diversas situaciones en las que los argentinos han experimentado en las últimas tres décadas el total desamparo, y para el cual no encuentran explicación racional posible. Esta sensación reenvía inevitablemente a la búsqueda de algún asidero. La intervención de los medios en este caso, como en el caso Cromañón, jugó un rol central en el direccionamiento de las actitudes de la sociedad civil, tal como lo plantea el modelo de *accountability* social. En ese sentido, se encuentran analogías con otros países, como por ejemplo con México, país en el que algunos especialistas sostienen:

La cobertura con frecuencia es sensacionalista, rasura las complejidades que trae aparejada la persecución de la delincuencia y presenta la información con una carga extremadamente maniquea que confronta a los “buenos ciudadanos” contra los “malos delincuentes”. Con frecuencia se da una sobre-cobertura a eventos delictivos especialmente violentos y cruentos que, si bien trágicos, constituyen eventos aislados. Los medios tienden a hacer presentaciones que llevan al público a pensar que esos son los contornos generales del fenómeno delincencial, sin que transmitan las verdaderas dimensiones del problema. Esta orientación trae aparejada consecuencias sociales indeseables en términos del aumento de la alarma social frente al delito y el consecuente sentimiento de inseguridad. Se trata, no obstante, del camino fácil, porque obvia

las respuestas articuladas en materia de política pública, y presenta tendencias reduccionistas para dimensionar el problema (Ríos Espinosa, 2004).

Las secuencias de las narraciones en Buenos Aires también evidencian fuertes dosis de “alarma social”, que se propagan como una epidemia. En esos relatos, la matriz de interpelación contraponen la importancia y el valor de efectuar reclamos con carácter “apolítico” a la “maldad” y la “corrupción de los políticos” y la justicia, a la “inseguridad”, la “ausencia del Estado”, el “hecho de que los delincuentes entren por una puerta y salgan por otra”. En esa lógica, algunas secuencias sintagmáticas, en su búsqueda de explicación, construyen versiones con fuerte matiz persecutorio que muestran un profundo contenido político de carácter antipopular.

E.: ¿Cuáles son las razones, factores o causas a las que usted atribuye que ocurran situaciones como esta?

V. 31 años: Yo creo que todo esto empezó cuando volvió Alfonsín [primer presidente constitucional luego de la dictadura militar] con su mentalidad y su forma de ver la política, creo que él empezó a desarmar muchas cosas que tenían fuerza legislativa. Creo que más bien este es un plan premeditado en mi forma de ver, ¿no?

E.: ¿Un plan premeditado desde dónde, cómo, por quién?

V.: Desde Cuba, desde la izquierda que está en Europa, como para aplicar el modelo socialista en la Argentina, en América Latina. Para implantar el socialismo en Argentina una de las bases es causar el caos, para poder tener... en el caos es más fácil acceder al gobierno (Misa por Axel Blumberg).

Esta condensación de múltiples significados en una situación de fuerte indefensión genera una profunda sensación de arbitrariedad, para la cual no se halla comprensión. La imposibilidad de procesar la angustia frente a la indefensión hace que los afectados clamen, estableciendo una línea de demarcación social entre los “decentes” y los “otros”. Creen que sólo los delincuentes tienen derechos, sienten que sus vidas están siendo pisoteadas, y fustigan a las tradicionales organizaciones defensoras de los derechos humanos. A la misma conclusión llega el Instituto para la Seguridad y la Democracia (INSYDE) para el caso de México.

Juan Carlos Blumberg: Porque me ha llegado a mí que aquí los presos no tienen uniformes, porque se sienten menoscabados. Imagínense, esos son los defensores de los derechos humanos... de los derechos humanos de los ladrones, de los delincuentes... y de nosotros, ¿qué? ¿Quién defiende nuestros derechos humanos? (Primera marcha, 1º de abril de 2004).

Señores, ¿quién defiende nuestros derechos humanos? ¿Quién defiende a nuestros hijos? Nos los están matando.

La última frase, descontextuada, podría haber sido dicha hace casi treinta años por la madre de un joven militante barrial desaparecido. Pero no, se trata de la palabra desgarrada del padre de la primera víctima mortal de un “secuestro virtual”. Los “secuestros virtuales” son formas extorsivas en las que a partir de llamadas telefónicas se le dice a alguien que debe llevar dinero a algún lugar pues un familiar ha sido secuestrado. Según Blumberg y algunos medios, a menudo son realizados desde cárceles.

RESTAURAR LA COMUNIDAD

Frente a la arbitrariedad incomprensible, el padre de Axel Blumberg, Juan Carlos Blumberg, un “ingeniero”¹⁶ que según los relatos hasta el momento no había tenido ninguna participación en política (Guagnini, 2005), inició –en menos de una semana– una serie de acciones que se plasmarían en lo que denominó una “cruzada”. El mismo día del asesinato del joven, en una entrevista hecha por Radio 10, pedía que “se endurezcan las leyes contra la delincuencia para que no sigan matando a nuestros hijos” (*Infobae*, 2004a). Es menester consignar que la frecuencia de esta emisora fue expropiada a la Ciudad de Buenos Aires durante la década del noventa, dejando en manos de grupos privados, vinculados al círculo del entonces presidente de la República, una de las mejores frecuencias de comunicación radial, con mayor alcance en el país. Al mismo círculo pertenecían también el periódico nombrado (*Infobae*), y el Canal 9 de televisión. Estos medios fueron los más firmes sostenedores de la campaña de Blumberg. Ese conjunto de medios se caracteriza por condensar en sus emisiones lo chabacano, la descalificación de todo lo serio –en las versiones más encanallecidas de una supuesta “cultura popular”–, el apoyo incondicional a todo proyecto conservador, la difusión del terror y el pedido de mano dura. Ellos conforman, en buena medida, el “sentido común” de una parte importante de las clases medias y sectores empobrecidos de Buenos Aires.

Juan Carlos Blumberg, a través de sus actos, gestos y palabras, comenzó a encarnar todo aquello que se siente como faltante: la co-

16 En el momento en que este texto fue escrito, un informante experto me había informado que Juan Carlos Blumberg no era ingeniero, sino que sólo ostentaba el título. No pude consignarlo en el trabajo pues no me fue posible confirmar el dato de modo fehaciente. Sin embargo, varios meses después, el mismo fue corroborado y dado a luz a través de los medios de comunicación. En el texto se reitera el título de “ingeniero”, dado que fue un significativo agitado desde los medios y tuvo fuerte incidencia en el imaginario popular en el momento en que ocurrían los hechos, precisamente por el valor otorgado imaginariamente en Argentina a quienes poseen tal grado.

munidad en la que todos los sujetos libres e iguales se respetan mutuamente. Él, en su figura individual, fue investido por una densa red de significados. Él, en su imagen personal, reemplazó para muchos a cualquier estructura política representativa.

Es preciso dejar en claro que estas páginas no se refieren al Sr. Blumberg como persona individual, sino a lo que él como significante comenzó a representar públicamente, independientemente de sus intenciones (de las que nada sé ni me corresponde hablar, y sobre las que no me pronuncio). Entiendo a “Blumberg” como un nombre, un significante que condensa significados diversos para la población, y sobre ello hablo, no sobre personas individuales.

El lugar que este significante comenzó a ocupar puede leerse en las palabras que siguen

Georgina Negri de Azulay: Le agradezco al Sr. Blumberg, que pasó a darme su pésame, y les mando un gran abrazo a todas las madres a las que les mataron un hijo. *No queremos discursos políticos*, queremos verdades, educación, que se cumplan las leyes [...] *Pido que se haga justicia*, porque cada ser humano es único e irremplazable (Madre de un joven asesinado en un secuestro virtual. Registro obtenido en cartas de lectores de *La Nación*, 16 de marzo de 2005; énfasis propio).

M. 35 años: Yo propondría que tienen que cambiar a toda la gente que hay, por empezar, *yo no soy de derecha ni de izquierda, soy del centro que para mí es la mejor gente, como el Sr. Blumberg* (Misa por Axel).

“No soy de derecha ni de izquierda” es un sintagma tradicional en las clases medias y empobrecidas, construido desde hace varias décadas en Argentina. Ese no lugar, “ni de derecha ni de izquierda”, aparece como el espacio de la comunidad de los “decentes”, donde no habitan vagos ni piqueteros, ni políticos corruptos. El padre de Axel Blumberg fue investido con los significados de la imaginaria figura que venía a reconquistar ese lugar, y con él todo lo que Argentina ha perdido: moral, decencia, transparencia, respeto, y como consecuencia de todo ello: *seguridad y justicia*.

Estos valores aparecen en muchos relatos ubicados en un mítico pasado que es preciso restaurar.

V. 31 años: Para mí hay que aplicar la Constitución que inspiró Alberdi, que fue la Constitución del año 1853, donde este país, fijate vos, salimos de un país que era desierto, la sangre estaba fresca todavía en la tierra, de las guerras internas que tenía-

mos, y en pocas décadas llegamos a ser un país muy avanzado con gente que veía futuro, que quería progresar, incluso viniendo inmigrantes al país porque veían un futuro en el país que podían crecer y desarrollar (Misa por Axel).

En contradicción con el fragmento anterior, el “ser argentino” en muchas entrevistas no se presenta como un “origen” a restaurar; por el contrario, aparece ontologizado como un ser atravesado por la corrupción.

M. 26 años: Corrupciones que vienen de hace siglos, no es de este gobierno, no es nueva, esto es un sistema enraizado (Marcha contra la impunidad, 2 de junio de 2005).

No obstante, esta última visión no ocluye el anhelo de lograr una comunidad equilibrada. Con ese fin, es necesario “conquistar” lo que nunca hubo, o “reconquistar” los valores morales perdidos. El medio para lograrlo aparece vinculado a obviar “lo político”, para centrarse en los líderes de la sociedad civil.

Ese anhelo actuó como una condición de posibilidad para que el Sr. Blumberg organizara una serie de acciones que denominó “cruzada”; y él se transformó en “el cruzado”. ¿Qué o quién es un cruzado? Alguien que va a una tierra lejana a cumplir una misión –aun a costa de su vida– que consiste en restituir algo valioso que la otredad rechazada le arrebató a una comunidad. El no lugar desde el que la cruzada en nombre de Axel Blumberg interpelaba es el imaginario de las clases “decentes” de Argentina, que se reconocen en ciertos valores ligados a la honestidad, la educación, el honor, el cuidado de los hijos y el trabajo. El padre de Axel, para hacer ese viaje en búsqueda de los valores perdidos o nunca habidos, debió atravesar una situación que no era común para algunos argentinos que, como él, fueron más favorecidos por las circunstancias de la historia: el sufrimiento, la vejación, la arbitrariedad, que surgen sin que se los espere y sin explicación plausible para quien los padece.

Lo valioso que un cruzado trae desde una tierra lejana es algo ligado con el hijo de Dios. No obstante, en este caso, rápidamente, el cruzado se transformó, durante un tiempo, en el Dios. La muerte del hijo transformó al padre en el protagonista principal del proceso. A diferencia de otras situaciones en las que los muertos fueron y son los actores centrales de la escena, el padre del joven asesinado se transformó en el núcleo de las referencias, al punto tal que al poco tiempo casi nadie recordaba al hijo.

En una versión más contemporánea, la idea de “misión” y de “cruzada” puede leerse también en discursos del presidente de EE.UU., George W. Bush, particularmente luego de la voladura de las Torres Gemelas y el comienzo del “neoliberalismo de guerra” (González

Casanova, 2002). El concepto no es ajeno al lenguaje del neoconservadurismo cristiano evangélico, que tiene expresiones también en nuevos grupos religiosos en Argentina. El significante “Dios” permite construir la ficción de alguien que no se *corrompe* en su perfección.

En este punto del relato, no parece menor la necesidad de señalar que el término “cruzada” no es una creación original de Argentina, fue utilizado antes, en 1998, en México, como veremos en el próximo capítulo, bajo la influencia del Manhattan Institute for Policy Research (esta institución es un “tanque de ideas” fundado en 1978 en EE.UU., y se ha caracterizado por desarrollar diversas técnicas que le posibilitan trazar estrategias que instalan ideas que finalmente se plasman en todo tipo de políticas públicas ligadas a educación, seguridad, economía o relaciones interraciales; veremos sus orígenes y lineamientos en el Capítulo IX). Este detalle nos permite comenzar a vislumbrar la construcción de una estrategia continental de “rendición de cuentas”.

Blumberg padre se transformó en pocos días en el punto axial de un conjunto de fuerzas que comenzaron a interpelar al Estado *en nombre de los derechos humanos*; no obstante, el lugar desde el que él interpeló no era el tradicionalmente ocupado durante décadas por esos organismos nacionales e internacionales. El espacio que ocupó fue el de “líder de la sociedad civil” que, apoyado por los medios –como lo indica la estrategia de *accountability* social–, cuestionó no sólo al funcionariado, sino a los tradicionales militantes de derechos humanos. En poco tiempo, el significante “Blumberg” condensó –merced a la apoyatura de una operación mediática– diversos significados: ingeniero-cruzado-Dios-padre-juez-restaurador de la ley y los derechos.

M. 55 años: Porque acá los derechos humanos sirven para los que ellos quieren [con “ellos” se refiere al gobierno] (Misa por Axel).

Si Axel Blumberg condensó, como Cristo, los diversos y contradictorios padecimientos de los argentinos, su padre inició una cruzada que prometió restaurar la ley, y a través de ella la comunidad perdida o nunca habida. Desde ese imaginario lugar, su figura, sus actos y sus palabras encarnaron un proceso de interpelación ideológica a la sociedad civil, que mediada por él hizo lo propio con el Estado.

Ante el hiato entre lo deseado y la realidad efectiva, la cruzada de Blumberg encarna una sutil y posmoderna versión del pensamiento mágico que pretende abolir la historia y la memoria, así como las mediaciones reflexivas, y exige *soluciones ya*, substancializando en algunas figuras el origen de todos los padecimientos. Esto ocluye toda deliberación democrática. El proceso coadyuva a la constitución de una ciudadanía aparentemente autónoma, pero en realidad heterónoma, aunque no necesariamente pasiva (como veremos).

LA FUNDACIÓN AXEL BLUMBERG

La estrategia de intepelación fue sostenida por la creación de una ONG.

Juan Carlos Blumberg: Con la muerte de Axel nace la Fundación Axel Blumberg por la Vida de Nuestros Hijos, que recibe infinitas muestras de cariño, de solidaridad y compromiso y *que he de liderar*, a pesar de mi dolor y de no tener la sonrisa de Axel iluminando mi vida cada mañana. Canalizando las necesidades que lleguen, *ocupándome en persona* y con responsabilidad *de cada uno* (Misa por Axel; énfasis propio).

En esa organización, el lugar de guía que se ocupa de todos y cada uno en particular permitió al significativo “Blumberg” afianzarse como líder de la sociedad civil, diferenciándose de “los políticos”.

La posición de la organización quedaba establecida en una carta publicada por todos los medios el 3 de septiembre de 2004. La misiva se dirigía a “las autoridades nacionales, provinciales y al público en general” en nombre de “la memoria de Axel y el padecimiento de tantos jóvenes y familias argentinas que sufrieron y sufren por la violencia y la injusticia”. Allí se sostenía que no se han pedido ni recibido fondos públicos de ninguna especie para el financiamiento de la Fundación. También se establecían, entre sus fines, elevar propuestas para colaborar en el aumento de la transparencia y la eficiencia en materia de justicia y seguridad. En relación a ese objetivo, se solicitaba la publicación sistemática de sus gestiones a fin de que las políticas públicas sean del conocimiento de la sociedad. Se exigía al ministro de Seguridad de la provincia de Buenos Aires (la más afectada aparentemente por los problemas de inseguridad) que publicara y explicara su plan de seguridad y los resultados de sus gestiones. Por su parte, la Fundación se comprometía a gestionar y controlar “más allá de nuestros representantes”, a defender enfáticamente los derechos humanos de todos, a reclamar el diseño e implementación de políticas de Estado que beneficien a toda la comunidad nacional, haciendo especial hincapié en los excluidos. Afirmaba que no tenía ni tendría jamás intenciones de desestabilizar a las instituciones.

El texto es indicativo del sentido de la Fundación Axel Blumberg. Concuera punto por punto, al menos desde la retórica, con los lineamientos de políticas del Banco Mundial y la estrategia de *accountability* social. Se trata de una organización civil sin fines de lucro que tiene como misión controlar la actividad de los tres poderes y, como veremos, dialogar a su vez con empresas, instituciones y figuras internacionales. Se trata del triálogo propuesto como política por el BM. Más aún, partiendo de la denuncia de la “corrupción” y la “delincuencia” que socavan

la democracia y la acción de la ciudadanía, su fin es interpelar a la reforma de todas las instituciones, fundamentalmente las de la justicia. En línea con las ideas de Schmitt, el planteo sostiene la necesidad de actuar con decisión frente a situaciones excepcionales, a fin de resguardar el Derecho y la democracia. La deliberación, tal como había anunciado Schmitt, sólo lleva a discusiones sin fin, y el Parlamento no es confiable, dado que tras él planean oscuros intereses. Sólo un líder salido de las entrañas de la sociedad civil, y carente de todo interés espurio, podría encabezar la toma de decisiones.

QUIÉN INTERPELA: EL LUGAR DEL PADRE LOS VALORES FAMILIARES COMO REEMPLAZO DE LOS VALORES POLÍTICOS

La primera operación ideológica no consistió en restaurar la ley positiva del Estado, sino la ley moral que se introyecta en la familia. En Argentina, los acontecimientos de los últimos años han desestructurado los roles familiares. El significante “Blumberg” vino a ocupar un espacio vacante en el país. Se trata del lugar del padre. La estrategia de interpe-lación ideológica tiende a que los sujetos se identifiquen con el Sujeto, se sientan igualmente amados por Él (este fenómeno, nos explica Freud, está presente en las relaciones líder-masa, y reenvía a la relación con la imaginaria figura de un padre poderoso). La necesidad de ese amor y cuidado arranca de la sensación de *desamparo*. El Sujeto que interpela ocupa el lugar del padre amoroso, que cuida a la vez que porta la ley y la respeta. El Sujeto es el espejo en el cual los sujetos se miran; en la mirada del Sujeto, los sujetos se reconocen, son confirmados en su ser, y así se genera entre ellos un espíritu de comunidad, de pertenencia (Freud, 1997; Althusser, 2003).

En los sectores empobrecidos, los varones han sido profundamente afectados por las condiciones laborales. El jefe del Servicio de Salud Mental del Hospital Paroissien de La Matanza –uno de los distritos más afectados por la desindustrialización y su lastre de pobreza y precarización– afirmaba, en el año 2002, que en la década del noventa encontraron una “enfermedad nueva”: “la depresión masculina”. Desde mediados de aquella década, el área de Salud Mental del Hospital, que estaba habitualmente casi desierta –pues en los sectores populares argentinos la idea de concurrir a una ayuda psiquiátrica o psicológica era rechazada por su asimilación a la “locura”–, comenzó a desbordar hasta el punto en que debieron modificar el sistema de admisión y hacerlo grupal. En ese exceso de pacientes se observó –algo que tampoco era tradicional en una cultura que asociaba las dolencias afectivas con lo femenino– la creciente consulta de los varones. Cantidad de hombres acudían al Servicio, constituyendo un circuito que comenzaba a

veces con la violencia doméstica o el alcohol, seguía con el infarto o el intento de suicidio, y derivaba al Servicio de Salud Mental. En todos ellos afloraba la misma marca: una profunda depresión. El proceso en los varones estaba ligado a la pérdida de trabajo y, con ello, de la propia autoestima; en muchos casos se percibía un menoscabo del lugar central en la familia y, en consecuencia, de la valoración del rol tradicional de padre.

A mediados de 2005, se calculaba que en Argentina había más de 4 millones de personas que padecían depresión; esto significa que más del 10% de la población estaría afectada (*Clarín*, 29 de mayo de 2005).

En los sectores medios y altos, el paulatino “encanallecimiento cultural”, que no implica “democratización de la cultura” sino su “plebeyización” (Anderson, 2000: 152), unido a la caída de la ley en su sentido universal, así como a la creciente exigencia de “rehacerse constantemente”, de ser “eternamente joven” y “potente”, parecen haber debilitado las relaciones vinculares; ellas se han tornado efímeras y muy ligadas a la búsqueda de una ubicación social; en este proceso, la estructura tradicional de la familia parece resquebrajarse (Isla et al., 1999; Murillo, 2005). De esa manera, el significado del lugar del padre en la familia como portador de la ley parece haber decaído. Su figura, según testimonian varios especialistas en salud mental que trabajan con sectores sociales de clase media y alta, se habría resquebrajado.

En una sociedad [...] carente de referentes confiables, de modelos a imitar, de adultos guiando a niños y jóvenes por caminos seguros, hacia algún futuro mejor, en pos de un proyecto esperanzador [es] precisamente este hambre de padre, ese hueco moral y afectivo el que aumenta el “riesgo familia” (Des Champs, 2001).

En palabras de un importante especialista en el tema:

En una cultura que nos alimentó con la creencia de que los hijos son un poco más de la madre que del padre [...] poco sabemos [...] sobre el dolor paterno. Ni una sola vez he podido ver y oír a Juan Carlos Blumberg sin que se me erizara la piel [...] Lo he conversado con otros hombres, otros padres, y con cierto pudor, con cierta sorpresa, con cierta sensación de quien despierta en un territorio que le es desconocido y, paradójicamente, propio, hemos compartido esa misma sensación [...] Este hombre ultrajado y entero, este hombre en llagas y emocionalmente luminoso, este hombre tan frágil en su dolor y tan poderoso en su amor, ha bañado de un aura esplendorosa su condición de padre, ha hecho del amor hacia

su hijo un llamado directo al alma de todos los padres. Y digo padres: padres varones.

Un padre es mucho más que un proveedor de simiente, de apellido y de suministros materiales. Un padre es mucho más que un asistente en la crianza de los hijos [...] cuando miro a Blumberg [...] imagino a un *padre-faro* [...] Un padre que transmite valores con sus actos, no con discursos. Un padre presente, no porque ocupa un lugar físico en el espacio familiar cotidiano, sino porque construye un puente, con su propio diseño, entre su corazón y el de su hijo [...] Juan Carlos Blumberg es hoy padre, sigue siendo el padre de su hijo y hace por ese hijo lo que su corazón, su intuición, sus entrañas de padre le indican [...] Juan Carlos Blumberg, padre presente, ha encontrado en su paternidad martirizada la voluntad de sentido para su vida.

A nosotros, los padres varones, Juan Carlos Blumberg nos ha recordado que nuestro lugar es intransferible [...] no necesita ser autorizado por nadie [...] En una sociedad como la que hoy integramos, que necesita del padre acaso como nunca, Juan Carlos Blumberg es una fecunda fuente de paternidad. Como varón, se lo agradezco (Sinay, 2004).

En consonancia con esa carencia, la primera operación ideológica de la cruzada Blumberg fue restaurar el lugar del Padre como portador de la ley moral. Se constituía así la condición de posibilidad para *la interpe-lación a la moral en reemplazo de la política*.

En los primeros informes periodísticos se hablaba de “los padres” de Axel, pero paulatinamente el protagonismo fue ocupado por “el padre”, que a poco se transformó en “el papá”. Este último término tiene en Argentina un sentido más íntimo, más aniñado (de hecho proviene del lenguaje de escuela primaria), carece de alusiones políticas; en el lenguaje coloquial la expresión “los papás” connota una cierta superficialidad en el trato; no obstante, ha cobrado una legitimidad muy fuerte en los últimos años, pues alude al núcleo de lo social que ha sido herido: la familia. Nadie diría en Argentina: “las mamás de Plaza de Mayo” (refiriéndose a las históricas mujeres que resistieron y resisten a la desaparición de sus hijos y nietos durante la dictadura), todos dicen “las Madres”, significante que tiene una fuerza política en el imaginario del que carece el término “mamás” o “papás”, que desde el caso Blumberg se ha generalizado para aplicar a los padres de víctimas de situaciones violentas.

Así, los medios más afines a la cruzada lo caracterizaban como “el papá de Axel”, al tiempo que lo presentaban en una larga y agitada labor de contactos sociales, que incluyen fiestas y finales de eventos deportivos

de la alta sociedad. En la descripción de sus actividades, el significante “papá” se fusionaba con otro: “el ingeniero”, término que tiene efectos de reconocimiento social en buena parte del imaginario argentino; alude a alguien sólido, racional, pensante, apolítico, calmo, reflexivo y, sobre todo, a una persona que ha podido ascender socialmente. A estos significados se agregaban otros: “trabajador” y “responsable”. Todos estos valores condensados en la figura de Blumberg representaban algo ausente –según varios de los dichos ya citados– en los argentinos. De ese modo, él encarnó la *promesa* de que la familia sería reconciliada, y con ella la comunidad perdida sería restaurada. Todos esos significantes se articulan con la reconstrucción imaginaria del pasado que hacen muchos entrevistados, tiempo en el que ubican una familia ordenada, encabezada por un padre trabajador, responsable y con fuertes posibilidades de ascenso social (Murillo, 2003; 2005).

En una entrevista realizada por Radio 10, muy conmovido, el Sr. Blumberg se quebraba a fin del año 2004 (esto es habitual en sus presentaciones públicas), y reconocía: “Ahora yo estoy llorando a mi hijo porque lo han asesinado y lo han llevado al cementerio”. El cuadro completaba la imagen: empresario, luchador, cruzado, honesto, padre, y varón amante capaz de llorar.

El primer momento lógico de la interpelación ideológica se había construido. Blumberg pasó a encarnar el lugar del “papá”. La política se resignificaba en la moral, y la función social del padre en la relación íntima del papá. La ley del Estado se subsumía, en el espectro ideológico, a la de la familia.

LA PROMESA DE INSTAURACIÓN DE LA LEY

Si el padre es quien interpela, entonces puede constituirse el nudo esencial del discurso político: la promesa de que la ley será instaurada o restaurada. Es posible entonces indicar cuál es la ley, qué es lo decible y lo indecible, qué lo pensable y lo impensable, qué conductas caen dentro y cuáles fuera de la ley. Esta tendrá la imaginaria capacidad de restaurar la ilusoria comunidad perdida. Para esto se desarrolló una estrategia de *accountability* social que tuvo, entre otros efectos, una apresurada reforma del Código Penal y del Código de Convivencia de la Ciudad de Buenos Aires, que fue transformado en Código Contravencional, como veremos. Todas estas innovaciones fueron presentadas como rigurosamente seguidas por la mirada de Blumberg, quien, desde los periódicos y la televisión, era mostrado con el ceño fruncido controlando el accionar de los funcionarios. Las imágenes sugerían a un “papá” enojado que observaba a sus hijos díscolos. Veremos cómo esta táctica se rellena estratégicamente luego de la masacre de Cromañón. En esa clave lo mostraban las fotos en abril de 2004, iracundo por el nombramiento

del nuevo ministro de Seguridad de la provincia de Buenos Aires, Dr. León Arslanian. El funcionario había juzgado a los responsables de la dictadura militar, se había enfrentado a Carlos Ruckauf (político adalid de la mano dura) y finalmente había renunciado bajo presiones de este a su cargo en 1999, tras lo cual se había dedicado a la actividad privada como abogado, y en esta tarea profesional había defendido a un político conocido por sus trapisondas (Víctor Alderete). Este último hecho fue uno de los puntos en los que Blumberg basó su crítica.

El discurso que comenzó a circular teniendo como sujeto al significativo “Blumberg” efectuó, tanto en el régimen de visibilidad como en el de enunciabilidad, una promesa: lograr construir una plenitud que está ausente. Esa plenitud se alcanzará imaginariamente a través de la instauración de la ley que falta. Veremos más adelante cuáles son los contenidos concretos de esas leyes que la cruzada Blumberg impulsó, y logró que se aceptaran en parte. Veremos también cuáles fueron los efectos concretos, más allá de las promesas. Todo esto ocurre en medio de una correlación de fuerzas que no está establecida definitivamente.

¿QUIÉN DELIBERA, JUZGA Y EJECUTA LA LEY? LA TRANSFORMACIÓN DEL NEODECISIONISMO

El significativo “Blumberg”, en nombre de la sociedad civil, suplantó en su imagen de padre amoroso y restaurador de las leyes el lugar que el Estado laico y republicano había reclamado para sí al pedir perdón a la ciudadanía. Él, en nombre de la sociedad civil, se erigió en juez de los jueces y políticos al tiempo que, soterradamente, ejercía la mayor campaña política de la última década. Pero se trataba y se trata de una nueva manera de desarrollar lo político a través del empoderamiento ciudadano en pos de la *accountability* social.

Así, el padre de Axel organizó y encabezó cuatro marchas: dos en el Congreso y dos en el Palacio de Tribunales. Al compás de las primeras se montó una estrategia que exigió una febril actividad parlamentaria. Rápidamente se aprobaron una docena de leyes que respondían a los reclamos populares hegemonizados por Blumberg, al mismo tiempo que hubo purgas en la Policía Federal, y el ministro Arslanian hizo lo propio en la de la provincia de Buenos Aires.

Lo paradójal de las marchas es que se caracterizaron por su autodenominado carácter “apolítico”, por la ausencia de banderas partidarias o de otro tipo. Sus organizadores sólo permitieron velas blancas y banderas argentinas, así como fotografías de personas muertas en situaciones arbitrarias. Sin embargo, estas marchas “apolíticas” se dirigieron al Parlamento, a la justicia o al Poder Ejecutivo, y Blumberg en persona se entrevistó a partir de entonces con los más altos funcionarios de los tres poderes del Estado, jueces y policías. Desde ese lugar

personal, autocaracterizado como “apolítico”, y en su carácter de “papá” que ha emprendido una “cruzada”, reclamó “seguridad” a los políticos y miembros de la justicia e intervino, como veremos, en diversas cuestiones públicas, sorteando toda deliberación parlamentaria. Algo así como si hubiese reemplazado, en su “apoliticidad”, el lugar dejado vacante por las figuras de políticos “clave” como Carlos Menem (presidente en los años noventa), o Domingo Cavallo (funcionario de la dictadura militar, ministro de Economía de Menem y de su “opositor” De la Rúa), quienes encarnaron el neodecisionismo de la década del noventa.

La primera marcha, numerosísima, apoyada por una fuerte operación mediática, colocó a Blumberg en el lugar de la sociedad civil que interpela al Estado para que este decida con rapidez y eficacia, tal como solicita el BM en su estrategia de *accountability*. Se trata de una innovación en el modelo neodecisionista. Lo acontecimiento de este proceso radica en que no es un líder de un partido político tradicional y popular quien con su carisma logra imponer las transformaciones exigidas por los organismos internacionales; se trata de un *miembro, hasta entonces desconocido, de la sociedad civil* quien, en su carácter de tal y en representación de la misma, propone y logra transformaciones sorteando todos los mecanismos republicanos de deliberación, bajo la cobertura de una ficcional discusión en el Parlamento de la Ciudad, de las provincias o de la Nación. Él no es un líder carismático, a la manera de Hitler o Mussolini, que se dirige a las masas en nombre del Estado o la Raza, y que homogeneiza a sus seguidores. Él es un sujeto individual, una persona que trata a los otros también como sujetos individuales, libres y responsables; es por ello que, siempre que tiene oportunidad, besa y saluda a todos los presentes.

No es un *político*, sino un “ciudadano común”, un miembro de la sociedad civil que surge de ella, condensa sus anhelos y frustraciones, exige y audita al Estado. Este hombre pareció encarnar la voz de los que no tienen voz. La cruzada es hecha en nombre de la moral de la familia, no de la política; su finalidad es restituir la honra y la decencia perdida en las instituciones. En nombre de la sociedad civil, reclama las transformaciones institucionales y la transparencia necesarias para garantizar que la *corrupción*, caracterizada como *causa de las desigualdades* en AL, sea combatida. Él encarnó para muchos ese lugar simbólico de la sociedad civil en triálogo con el Estado y los organismos internacionales.

La interpelación exigía actuar con celeridad, hacer reformas rápidamente. La urgencia y el desconocimiento obturan el hecho de que un código es –o debiera ser– una estructura coherente, con fundamentos sólidos y construidos en base a conocimientos plausibles acerca de la realidad social. La exigencia de urgencia impide las deliberaciones y

reenvía a la decisión eficaz, fuente última del Derecho, según planteaba Carl Schmitt. La demanda de celeridad es presentada como consecuencia de una situación excepcional que debe ser resuelta, pero oculta el hecho de que permite imponer leyes o políticas que vienen siendo trazadas estratégicamente desde hace mucho tiempo, y con objetivos diversos a los explícitamente esgrimidos.

En ese reclamo, poco importa el argumento racional; para interpelar ideológicamente no es necesario sostener algo así como un sistema hipotético deductivo corroborado por los hechos. Tampoco tiene relevancia que los pedidos de la Fundación Axel Blumberg contraríen toda la historia de la criminología, o que en sus propuestas no radique la solución a la atroz inseguridad existencial que verdaderamente se padece en Argentina. Las contradicciones y la deliberación racional no tienen lugar ante la brutal sensación de inseguridad antropológica en la que el alma pide a gritos “seguridad ahora, ya”.

En ese estado, el primer petitorio, firmado por 5.450.000 personas, fue rubricado en varios lugares sin conocer sus contenidos; muchos simplemente suscribían una planilla en un contexto de fuerte interpelación mediática por muertes inmotivadas.

El Sr. Blumberg, con su fuerza y su entrega a una causa noble, me hizo recordar los días terribles que pasamos después de cada agresión delictiva [...] La muerte de mi padre, de la que no nos recuperamos hasta hoy. Por eso quise firmar el petitorio. Pero sólo lo encontré en Internet y las hojas dicen nada más: “Campaña por Axel”. Quisiera haber tachado lo que no estoy de acuerdo. Otra vez el miedo. Pero ahora le sumo el que tengo por lo que conozco de cerca y de adentro (Mary Sánchez, ex secretaria general de la Confederación de Trabajadores de la Educación. Ex diputada nacional, perseguida y cesanteada durante la dictadura militar. Su padre fue asesinado frente a la familia en el año 2002 por ladrones “comunes” que entraron a su casa (Sánchez, 2004).

Sólo el número de firmas que avalaron el pedido es indicador de que no fue suscripto exclusivamente por miembros de clases medias o altas. El texto que solicitaba que se violasen los derechos humanos y constitucionales –en los tramos en los que pedía poder para que la policía registre por la calle a ciudadanos sin que medie orden de un juez– era firmado en muchos casos sin saber qué decía. Quienes lo suscribieron obviaron la memoria respecto de la situación de las fuerzas de seguridad en Argentina. En este punto, además de desconocer los fundamentos de los derechos humanos, sancionados a partir de la Revolución Francesa, la “sociedad civil” efectúa otra operación ideológica: la *denegación*. Son

conocidas hasta el hartazgo las diversas situaciones en las que la policía en estas operaciones ha acabado con la vida de jóvenes (y no tan jóvenes) o los ha dejado muy maltrechos. Sin embargo, es a esas mismas fuerzas a las que se les pedía protección, bajo la cobertura de que hay “malos” y “buenos” policías. De hecho, la mera narración periodística y bibliográfica da cuenta de las posibles conexiones entre la muerte del joven Axel y grupos de las fuerzas del orden. Estos habrían dejado el lugar donde Axel estaba secuestrado como “zona liberada” (Guagnini, 2005).

También los petitorios mostraban el profundo desconocimiento respecto de los análisis que desde Beccaria hasta Ingenieros, Foucault o Baratta han señalado el lugar ambiguo y contradictorio de las penas. La exigencia del cumplimiento total del castigo desconoce los principios básicos de los más modernos sistemas penitenciarios. Pero su fuerza para impulsar transformaciones ideológicas que permitan la reproducción de las relaciones de dominación no radica sólo en su capacidad de interpelar, sino también en la red estratégica de relaciones en la que se implica, y en la modificación de los dispositivos. Así, el proceso tuvo fuerza para provocar una nueva modificación al Código Penal, como luego veremos.

Durante los días de la primera y segunda marcha, los medios fustigaban, bajo la figura de Blumberg, a los miembros del Parlamento para que “hablen menos y hagan más” (*Infobae*, 2004d). Lo mostraban de modo amenazante, con el rostro ceñudo, diciendo: “Si no hay avances, llamamos a la gente” (*Infobae*, 2004d). Funcionarios ligados a las reformas de los años noventa llegaron a sostener que “debe valorarse la pena de muerte” (Minotti, 2004)¹⁷.

Blumberg, investido del lugar de líder de la comunidad, fue un asistente invitado a diversas ceremonias oficiales, por ejemplo, al acto en el que el presidente Néstor Kirchner dejó inaugurado el 123° período de sesiones ordinarias del Congreso de la Nación. En uno de los palcos, en la tercera hilera en el interior del recinto del Congreso, se encontraba Blumberg. Su rostro y su mirada fueron presentados por los medios de comunicación como exigiendo la *toma de decisiones rápidas*. Desde esa posición, era fotografiado con el ceño fruncido, presenciando las reuniones de Diputados en que se discutía la acumulación de penas cuando concurren varios delitos. El proyecto modificaba el artículo 55 del Código Penal –que decía que las penas serían acumulables hasta veinticinco años– y transformaba esa suma aritmética en un máximo de cincuenta. El proyecto fue presentado por el diputado Jorge Casanovas, impulsor de la “tolerancia cero” e impugnador del ga-

17 Adolfo Vázquez, ministro de la Corte Suprema y partidario de la pena de muerte. La cita corresponde a un artículo periodístico en el cual Vázquez, siendo entonces juez de la Corte Suprema de Justicia, es entrevistado por el periodista Horacio Minotti.

rantismo penal; muchos diputados se rehusaban a aprobarlo. El rostro enjuto de Blumberg era mostrado ruidosamente por los medios. En uno de ellos (Benegas Lynch, 2004) podía verse, por ejemplo, un dibujo del Congreso quebrado, cayéndose y, frente a él, el rostro de un Blumberg enojado, en actitud de papá que admoniza. Finalmente, la presión logró vencer las resistencias y se aprobó la ley en pocos minutos y sin ningún debate. En vano, profesores, criminólogos especialistas de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires y un conjunto de cincuenta jueces, fiscales y camaristas solicitaron al Poder Ejecutivo que la vetase. Inútilmente argumentaron que ella violaba el Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos de la Convención Americana de Derechos Humanos y de la Convención contra la Tortura y otros Tratos o Penas Cruelles, Inhumanas o Degradantes, así como la Constitución Nacional. De nada sirvió que expusieran la contradicción de la nueva ley con otros artículos del Código Penal, ni que se argumentara que sustentaba la pena en “la más absoluta discrecionalidad judicial” y que violaba los principios de igualdad ante la ley y proporcionalidad de los castigos. Inútil fue que se dirigiesen al Congreso y al Ejecutivo aduciendo que los estudios empíricos muestran que los aumentos de penas no reducen el delito, y que es desacertado sancionar leyes a partir de la urgencia. Tampoco sirvió recordarle al Ejecutivo y al Legislativo que el año anterior ya se había modificado el régimen de penas y el de procesos en asuntos ligados a secuestros extorsivos, sin que esto hubiese tenido el menor efecto positivo. La ley fue sancionada y promulgada. No sólo eso, algunos de los jueces que reclamaron, meses más tarde, sufrirían el escarnio público por su carácter de garantistas, en el caso Cromañón.

E.: ¿Cómo se definiría usted?

Juan Carlos Blumberg: Un vocero que quizás sabe expresar lo que la gente tiene adentro y no sabe cómo decirlo (*Clarín*, 13 de marzo de 2005).

DE LA CONSTRUCCIÓN DEL LÍMITE EXTERIOR A LA COMUNIDAD QUE COBIJA

El proceso de interpelación ideológica requirió de otra operación lógica: *la construcción de un afuera*, de algo que debe ser excluido porque amenaza. Esa exterioridad hace que quienes se identifican con los discursos de Blumberg puedan sentir que pertenecen o que les será otorgado aquello que falta: *la pertenencia a una plena comunidad*. En rigor de verdad, ese exterior que se constituye como riesgoso no hace sino poner en significantes variados la desigualdad propia del sistema, que resignifica la finitud constitutiva de todo ser humano. La muerte, el límite, están ahí, y en cada sociedad esto es procesado de modo diferente. Pero, ¿por qué

esa carencia constitutiva no siempre produce estas reacciones sociales? En este punto, el lugar de las instituciones y la organización social es fundamental. Ellas, en Argentina, habían radicalizado la presencia de la muerte como una ecuación insoslayable; por otra parte, no ofrecían posibilidad de tramitar los duelos; de ese modo, la significación de una amenaza que desde fuera hace peligrar la promesa de comunidad es mucho más fácil de aceptar.

En la estrategia discursiva que inició Blumberg, la otredad amenazadora se encarnó en diversas figuras y tuvo varios matices a lo largo del tiempo, que intentaban captar la identificación de diversos sectores de la población.

En marzo de 2004 se centraba en los menores que delinquen. El 18 de mayo de ese año, respecto de un joven asesinado por la policía, Blumberg sugirió que en cierta medida el hecho era comprensible, pues el muchacho “se drogaba”. En todo ese período, entre la primera y la segunda marcha, insistía en los “delincuentes” que están en cárceles, “los padres degenerados que inician a sus hijos en el delito” y particularmente los jóvenes pobres; tres espacios emergían como el núcleo que genera y cobija a los criminales: las familias descarriadas, la villa y la cárcel. Tras ellos, los piqueteros y todos los carenciados que cobran subsidios para sobrevivir se transformaron en potencialmente peligrosos. Se trata del antiguo discurso acerca de los “pobres malos”, los “desocupados voluntarios”, esos que en el ocio cultivan el delito.

Al mismo tiempo, de modo difuso, los políticos y la policía corrupta fueron el objeto de las críticas. Primero, se centró en el Parlamento y en la policía. Poco a poco cobró centralidad la justicia, en especial jueces, defensores y fiscales, quienes favorecerían con su negligencia o corrupción a los delincuentes. El significante “corrupción” toma un lugar central en la construcción del afuera. La “corrupción” aparece cobijando a los “pobres malos” y construyéndolos como “desocupados voluntarios”. En todos los casos hay una clara diferenciación respecto de que “no todos son malos” (ni los pobres, ni los policías, ni los políticos, ni los jueces). De ese modo, el discurso construye un afuera no claramente determinado: los “malos”, y un adentro, también difuso: los virtuosos o “decentes”. En ese espectro ideológico se sostiene la inseguridad con toda fuerza, ya que el lugar de “los malos” puede ser ocupado alternativamente por cualquiera, incluso por personajes contrapuestos; lo mismo ocurre con el *adentro*, donde los *decentes* pueden ser sólo unos simuladores; se construye así la *sospecha* y el *conflicto* que esgrime la *accountability* social. En Latinoamérica, actualmente, cualquiera puede caer en la desocupación, o cualquiera puede ser un padre que no se ocupe de sus hijos –a diferencia de “nosotros que sí los cuidamos y nos ocupamos de ellos”–, o un político corrupto o un militante peligroso.

En septiembre de 2004, en ocasión de la tercera marcha, cuando comenzó a declinar la adhesión tanto de los medios como de la presencia callejera, Blumberg acusó a algunos periodistas y a maniobras políticas en su contra. Furioso, trazó un perfil que separaba claramente a “la gente como ustedes” de los otros: “los delincuentes” y las “organizaciones de derechos humanos que los defienden” y dejan inermes al ciudadano. Para entonces, intelectuales, abogados, jueces, penalistas, periodistas y profesores de la Facultad de Derecho y la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires criticaban su discurso y las transformaciones llevadas adelante de manera rápida en el ámbito penal. Entonces atacó a todo el arco de lo que parte de la ciudadanía caracteriza como “izquierda” no sólo nacional sino internacional; en esa clave, fusionó “izquierda” y “drogadictos” y fustigó de modo incomprensible a la Universidad de Buenos Aires. El fantasma del comunismo sobrevuela de manera imaginaria y se condensa por momentos con el delincuente, el drogadicto y “la política”. Todo ello facilitado por unas “instituciones ineficientes”. Similares expresiones se escuchan en boca de quienes se identifican con ese discurso.

M. 55 años: El gobierno no hace absolutamente nada [...] son una manga de atorrantes todos [...] Esto es izquierda, izquierda, izquierda y con la izquierda no vamos, desgraciadamente es así, se han robado el país (Misa por Axel).

V. 45 años: Los gobiernos no se preocupan en lo más mínimo de lo que nos pasa. Ellos simplemente se preocupan por la gente de abajo, los marginados, que son los que a nosotros nos roban, nos matan, pero del pueblo, el que trabaja, ningún gobierno se acuerda (Misa por Axel).

Entretanto, el reiterado pedido de bajar la edad de imputabilidad de los jóvenes no cedió, a la vez que no fue presentado en muchos medios como pedido de “mano dura”, sino como cuidado amoroso de un padre hacia su familia, o de un pastor hacia su grey. Lo mismo ocurría con la exigencia de mayor disciplina en las cárceles. Su gesta, presentada como sagrada, aparecía como guiada por el Hijo que murió por todos y que desde su sacrificio es la luz que ilumina para saber qué hacer. No se trata del conocimiento racional ni de la deliberación popular, sino de la vieja idea agustiana de la “iluminación divina”.

Juan Carlos Blumberg: Axel me ilumina para exigir cosas que son nuestras, de toda la sociedad. Gracias por acompañar esta convocatoria. Gracias a todos. Hoy Axel es el hijo de todos ustedes (Primera marcha, 1 de abril de 2004).

De modo complementario, se constituye una imaginaria comunidad, un “adentro” de los ciudadanos “decentes”. El discurso de Blumberg puede unir en este “adentro” a los personajes más dispares y contradictorios, todo depende del momento y las circunstancias: desde los padres y las familias “honradas que trabajan”, hasta los desaparecidos en la última dictadura, al mismo tiempo que los miembros de las fuerzas acusados de violaciones a los derechos humanos por haber actuado en esas desapariciones. No obstante, la inclusión de los “desaparecidos” y de los jóvenes muertos en Cromañón sólo se registró en el segundo año de la interpección, tal vez como un modo de responder a las críticas de las que fue objeto, y recapturar a buena parte de la población que se apartó de él.

De esa manera, el discurso adquiere apariencia de “apolítico” y de que es *la sociedad civil toda* la que reclama. Se trata de un *todos* que imaginariamente borra las diferencias históricas y promete la “reconciliación” final.

Juan Carlos Blumberg: Lo vamos a conseguir *todos juntos*. *No hay izquierdas, no hay derechas. Somos todos argentinos* y tenemos que luchar unidos (Segunda marcha, 22 de abril de 2004).

Pastor evangélico: Estamos aquí en esta noche frente a lo que debe ser el Palacio de Justicia [...] Y venimos como un pueblo que se pone de pie para decirle basta a la impunidad. Una impunidad que en los últimos años en nuestro país no ha sido anónima sino que ha tenido el nombre preciso de sus víctimas, *el nombre de los desaparecidos* y el nombre de los que murieron por las balas de quienes tenían que protegerlos y el nombre de tantos *jóvenes que murieron cuando tenían que divertirse* en un lugar donde tendrían que haber estado seguros y *también tiene el nombre de algunas personas que son los aliados, que permiten que los verdaderos culpables sigan en libertad*. Y la impunidad de nuestro país tiene también nombres que, a veces, como sociedad no queremos recordar pero sí son [los nombres] de *algunos policías que murieron en cumplimiento de su deber*. Y estamos aquí para decir basta a una inseguridad que ha quedado como marca humillante acompañando el dolor que está en el corazón de los familiares de aquellos que han sido las víctimas (Cuarta marcha, 2 de junio de 2005).

Rabino de la comunidad judía: Nos preguntamos dónde está Dios en la *Argentina corrupta e impune* [...] *Traemos luz a este palacio* que aún no es de Justicia [...] Porque la Argentina la hacemos entre todos y la salvamos entre todos, *en revolución ciudadana*, porque si no, no la salva nadie. En el palacio

que hoy alberga el dolor del vacío de que no tenemos justicia, venimos como ofrenda a contribuir, a colaborar y a trabajar [...] Porque *larga fue la noche de la impunidad y el terrorismo subversivo, de los desaparecidos, de estos chicos sacrificados en guerras inútiles, de estos hijos que trajimos para la vida y fueron arrebatados, asesinados y secuestrados. A nuestros hijos les volveremos a dar vida eterna porque estamos aquí, porque no nos olvidamos* (Cuarta marcha, 2 de junio de 2005).

La increíble unión en un mismo sintagma de “el terrorismo subversivo” (término utilizado por las fuerzas de la represión y por la derecha más conservadora para referirse a los militantes populares que en su mayor parte fueron *desaparecidos* por la dictadura) y de “los desaparecidos” (significante utilizado por miembros de organismos de derechos humanos, grupos de izquierda y personas no afines a la dictadura militar) intenta *reconciliar* lo inconciliable de la historia argentina; pero, al hacerlo, la operación reenvía a un borramiento de la memoria histórica. Al mismo tiempo, el fragmento vincula esos dos significantes con el de “Argentina corrupta e impune”, la cual –no sabemos si en su totalidad o sólo en una parte de ella– es la causante de las muertes de “chicos sacrificados en guerras inútiles”. Frente a esa Argentina “corrupta”, la sociedad civil de “los ciudadanos buenos” viene a “traer la luz” que ilumine la obscuridad en la que se agazapa la otredad encarnada en figuras diversas, entre ellas las de funcionarios impunes.

Sacerdote católico: Queridos hermanos, largamente la justicia está esperando que se realice. Pero asoma *en este puñado de personas con su luz en las manos*. Creamos en ellos. No nos dejemos amilanar [...] *y muriendo es como puede nacer entre nosotros una nueva vida, una nueva Argentina que Dios quiere bendecir. Señor de la historia, en la Argentina te necesitamos* (Cuarta marcha, 2 de junio de 2005).

Esta comunidad de los “decentes” tiene rasgos de “sagrada”, un velo de religiosidad atraviesa las marchas, los discursos y los protagonistas elegidos para compartir el escenario con Blumberg. Frente a la “corrupción” del Estado laico, la religiosidad revaloriza sus blasones.

En la segunda parte del año 2005, la exterioridad que amenaza se concentró en la justicia, o mejor, en ciertos sectores de ella –los jueces garantistas a quienes Blumberg equipara con los abolicionistas– y en algunos políticos (lo propio hizo buena parte de familiares de muertos en la masacre de Cromañón).

Juan Carlos Blumberg: No al abolicionismo del derecho penal con [...] Zaffaroni y Argibay [jueces garantistas argentinos]

señores que pretenderían la eliminación del Derecho Penal, contemplado en la Constitución Nacional. ¡Eso nunca! [aplausos] Este es el momento para definirse entre defender la Constitución o el abolicionismo. Y aquí el gobierno, el Congreso y la justicia no pueden mirar para otro lado [...] Los funcionarios son nuestros empleados, de la ciudadanía, y deben rendirnos cuentas de sus actos (Cuarta marcha, 2 de junio de 2005).

EL OBJETO DE LA INTERPELACIÓN: LA JUSTICIA

De ese modo, en unas pocas reuniones entre el 7 de abril y el 17 de septiembre de 2004, el Poder Legislativo se reuniría bajo la mirada atenta de Blumberg y –al compás de las marchas lideradas por él– serían sancionadas y promulgadas una serie de leyes que el 21 de septiembre ya estarían publicadas en el Boletín Oficial. Tras ese rápido proceso, el Código Penal fue modificado. El núcleo de la transformación radicó en el aumento de las penas (consideraremos más adelante algunos de sus efectos). Las denominadas “leyes Blumberg” sancionaron: aumento de castigos por violencia ejercida en el caso de robo (Ley N° 25882) y por la adquisición, tenencia, sustracción, venta, o fabricación de materiales radiactivos o armas de fuego (Ley N° 25886); aumento de penas y especificación de diversas situaciones de abigeato (Ley N° 25890); prohibición de ventas de telefonía celular por parte de empresas no registradas, creación de un Registro Público Nacional de Usuarios y Clientes de Servicios de Comunicaciones Móviles, obligación de denunciar la pérdida de instrumentos de comunicación celular, castigo a la clonación de líneas (Ley N° 25891); aumento hasta treinta y cinco años de la pena para lograr la libertad condicional en casos de prisión o reclusión perpetua, y de los mínimos necesarios para obtener la libertad condicional en los casos de condenas por tres años o más (Ley N° 25892); aumento de castigos por homicidio, secuestro y violación, y exigencia de cumplimiento efectivo (Ley N° 25893); asimismo, cuando concurrieren varios hechos independientes, la pena mínima será el mínimo mayor, y el máximo la suma aritmética de penas máximas con un límite de cincuenta años (Ley N° 25928); penalización por defraudación mediante el uso de tarjetas de crédito, débito o compra (Ley N° 25930) (República Argentina, *Boletín Oficial*).

El descenso de la edad en la que los menores son imputables no fue logrado merced a la fuerte resistencia de sectores del periodismo, intelectuales, personas ligadas al Derecho y a organismos de derechos humanos, así como de ciudadanos comunes, que comenzaron a manifestarse contra la criminalización de los jóvenes pobres. No obstante, la tarea de interpelación implicó no sólo el llamado a la *modificación de la justicia*, sino también a desarrollar un *control* constante sobre su gestión. Así (es un caso que puede multiplicarse, este sólo es citado a modo de ejemplo), en agosto

de 2004, Blumberg afirmaba: “No vine a pedir nada, vine a interiorizarme sobre cómo prosigue el Plan de Seguridad nacional”. Estas palabras eran pronunciadas por Juan Carlos Blumberg al ingresar a una reunión con el ministro de Justicia, Seguridad y Derechos Humanos de la Nación. También expresó que “hay complicidad” de la policía en los secuestros extorsivos, ya que permite “zonas liberadas” (*Página/12*, 2004b). Su tarea de líder de *accountability* social se desarrollaba con total claridad.

La interpelación a la justicia se llevó a cabo, no sólo por medio de la vigilancia sobre el Poder Legislativo en las reformas al Código Penal, y sobre el Ejecutivo controlando a sus ministros y planes, sino en la observación del Poder Judicial en diversas situaciones, en ocasión de decisiones puntuales. En esta función, Blumberg fue presentado como alguien que intervino en varios casos. Uno de ellos se trataba de un joven asesinado, sólo que esta vez no era un joven adinerado y con porvenir brillante asegurado, sino un muchacho de familia pobre que en 1997 había sido asesinado por la policía. Finalmente, en mayo de 2004 la justicia condenó a cinco policías. En ese momento, Blumberg dijo en la provincia de Mendoza: “En ese caso ese chico se drogaba. La policía después actuó mal, pero tenemos que poner todo en su justa causa” (*Clarín*, 2004a). En estas palabras –que provocaron la rápida respuesta de diversos sectores de la población– sale a la luz el modo de percibir el “problema de la inseguridad”, tal como veremos que es caracterizado por el Manhattan Institute for Policy Research. En estas declaraciones, Blumberg rompe con el objetivo retórico de la *accountability* social, pues no insta a la “reconciliación” de todos; no obstante –y esto es lo más sugerente para el análisis–, él parece encarnar el “sentido común”, la “razonabilidad de las personas decentes”. En rigor de verdad, sustentado en las memorias colectivas, su interpelación instituye el sentido común, la “razonabilidad de las personas decentes” y, una vez hecho esto, lo encarna. En el caso del joven nacido en el Conurbano bonaerense y asesinado en la provincia de Mendoza, se trataba de un muchacho pobre; en muchas de las representaciones más o menos conscientes de entrevistados de sectores medios se puede advertir que, al menos en Buenos Aires y el Conurbano, estos dos significantes unidos, “joven” y “pobre”, desatan sensaciones de inseguridad e incertidumbre. En ellos a menudo se reifica la inseguridad antropológica constituida históricamente, que reenvía a la primaria sensación de indefensión. Sustentado en esas vivencias, el significante “Blumberg” puso, en el caso del joven asesinado por la policía, en el lugar de culpable a la víctima, y justificó el accionar de las fuerzas represivas.

El 15 de diciembre de 2004, una decisión judicial otorgó la libertad a quien había sido condenado por el asesinato del fotógrafo José Luis Cabezas. El hecho conmocionó a la sociedad, y diversas personalidades se pronunciaron en contra. Blumberg también fue crítico, y

consideró que las leyes que él impulsó en el Congreso “van a evitar que se repita un caso como este” (*La Nación*, 2004c).

A fines de diciembre de 2004, un nuevo juez de la Corte Suprema, Ricardo Lorenzetti, reemplazaba a Adolfo Vázquez –hombre muy ligado a los poderosos de la década del noventa y partidario de la pena de muerte (Minotti, 2004) –, quien renunció a su cargo tras el dictamen acusatorio de la Comisión de Juicio Político de la Cámara de Diputados. Durante el acto estuvieron, además de todos los jueces de la Corte, el ministro de Justicia y Juan Carlos Blumberg, quien expresó sus “expectativas” y destacó la “rectitud” del nuevo juez (*La Nación*, 2004d).

En esa misma clave, el 2 de marzo de 2005, se reunió con el gobernador bonaerense para analizar medidas de seguridad en las cárceles y evitar “secuestros virtuales”. Luego del encuentro, calificó con “cuatro” o “cinco puntos” la seguridad en esa zona. Antes de la reunión, Blumberg explicó que le iba acercar al gobernador una propuesta de “un grupo de técnicos” con quienes estuvo reunido y quienes le aseguraron que, para evitar que los presos usen los teléfonos celulares que entran en forma clandestina a la cárceles, es posible bloquear la señal de telefonía móvil en las unidades penitenciarias (*La Nación*, 2005a). Veremos más adelante quiénes son los “técnicos” que asesoran a Blumberg.

El tono de su interpelación fue virando. Junto a la dureza de sus críticas, poco a poco se instaló la exhortación a la espera, a la paciencia, a la tolerancia. Sin embargo, no cejó en su empeño de interpelar a la justicia, sosteniendo que hay cuestiones pendientes que son inviolables, tales como el juicio por jurados y la agilización del control de la gestión de la justicia. Pero su mayor insistencia, en consonancia con el Manhattan Institute, sigue siendo la problemática de la minoridad. Así, afirmó: “No puede ser que los menores sigan matando gente y entran al instituto y se fugan. Hay que bajar la edad de imputabilidad” (*Clarín*, 13 de marzo de 2005). Al mismo tiempo, el 2 de junio de 2005, de espaldas a Tribunales, se deshacía en diatribas contra el garantismo y el abolicionismo penal, a los que identifica como lo mismo.

Estos hechos (y otros muchos semejantes que no son citados aquí a fin de no abrumar más al lector) no carecen de significado. Si se considera que la posición adoptada por el significante “Blumberg” supone un “más allá” de lo social, que otorga a quien ocupa ese territorio el lugar imaginario del Otro a partir de cuya mirada la propia subjetividad se constituye, Otro que instituye todos los sentidos y que en el imaginario está más allá de la carne y la sangre, en el lugar de la impoluta completud, entonces se comprende por qué Blumberg sería desplazado de ese lugar con bastante celeridad, aunque ni el espacio ni la función ni los significados del mismo desaparecerían. El significante “Blumberg” había construido una matriz de interpelación, con el fin de lograr la “rendición de cuentas”.

LOS RITUALES DE INTERPELACIÓN IDEOLÓGICA

La interpelación ideológica se realiza en rituales cuya materialidad no se reduce a lo que es factible de ser *enunciado* (expresado en cánticos, consignas, rezos, alocuciones, relatos), sino que requiere de un régimen de *visibilidad*: el mismo radica en el modo en que los gestos se esbozan, las miradas mutuas se cruzan, la forma en que los cuerpos se mueven y articulan, los símbolos y los estandartes que se portan. La ideología se realiza en actos en los que se interpela a los sujetos a partir de las figuras que encarnan aquello que se desea ser, los ideales a los que se aspira. El lugar de la mirada que confirma a cada uno y a todos por igual es central en esos rituales. Otorga la seguridad de que hay un padre-pastor que ama y cuida al rebaño y a cada oveja al mismo tiempo (Freud, 1997; Foucault, 1990).

Los destinatarios de la interpelación ideológica encarnada en el significante “Blumberg” fueron, de modo ambiguo, dos: por un lado se refiere a “todos los ciudadanos del país”; sin embargo, inmediatamente identifica a este “todos” con “la gente decente”: “tenemos que agradecer a todos los ciudadanos del país, a la gente honesta, a la gente honrada que están como ustedes manifestándose aquí” (Segunda marcha). De modo que el “todos” contiene una sutil contradicción: excluye a una otredad peligrosa que habita el mismo territorio que “nosotros”, y hasta puede portar un documento nacional; pero, a la vez, el “todos” incluye a esa alteridad que amenaza agazapada desde dentro, ella forma parte de la ilusoria unión de los “argentinos”. El Sujeto portador del discurso, un ciudadano más, pero decente, se diferencia de los “funcionarios corruptos” en que se “ocupa personalmente” de cada miembro de la comunidad y, de ese modo, los confirma en su identidad. Esa función cumple, por ejemplo, la mencionada acción de saludar y besar a cada uno, siempre que puede.

En su carácter de padre y voz de la sociedad civil, Blumberg interpeló a los tres poderes del Estado. Al mismo tiempo dialogó con empresarios, figuras del *jet set*, organismos de seguridad (nacionales e internacionales) y personas de todo tipo afectadas por hechos de violencia. Se juega así un nuevo juego político. El juego del trílogo entre la sociedad civil, los miembros del gobierno (civiles y militares o policiales) y empresas nacionales e internacionales. Por eso Blumberg no es presentado como “un político”; más aún, sostiene que *no le interesa la política*¹⁸.

18 Finalmente, el 27 de julio de 2007, el Sr. Blumberg formalizó su candidatura a gobernador de la provincia de Buenos Aires. Se presentó como una alternativa de cambio frente al “sistema corrupto”, que buscaría –según sus dichos– desenmascarar el “sistema político más corrupto que engendró la Argentina”. El resultado de la urnas no avaló sus dichos públicos.

Sí, recibí muchos ofrecimientos de partidos políticos. Pero yo no voy a participar en ningún partido político, no me interesa para nada. Estoy seguro de que desde la Fundación Axel Blumberg por la Vida de Nuestros Hijos puedo colaborar con la gente mucho más que desde la política (*La Nación*, 2005b).

En tanto él ocupe el lugar y la voz de la sociedad civil, las decisiones tomadas en reuniones con representantes de esos tres sectores son las que emergerán como siendo expresión de la “voz de la gente”. En tal condición, participó de la Cumbre de las Américas en noviembre de 2005 en Mar del Plata (Argentina) acontecimiento al que asistieron presidentes de todo el continente, entre ellos el de EE.UU., y donde se discutía el destino del ALCA. La táctica intenta generar la apariencia de “participación activa de la ciudadanía”.

Los rituales en los que la interpelación ideológica se constituyó fueron fundamentalmente marchas. Entre ellas, las cuatro realizadas en la Ciudad de Buenos Aires tuvieron la mayor difusión y efectos. El modo en que se desarrollaron aporta elementos para comprender la operación de interpelación, así como las limitaciones que esta tuvo.

LA GRAN MARCHA

Todo el dolor y la sinrazón del día de hoy terminarán

El 1 de abril de 2004, a sólo una semana del asesinato de su hijo, el ingeniero Blumberg encabezaba una multitudinaria marcha que los diversos medios calcularon entre 150 y 350 mil personas. La transformación en el modo de manifestar radicó en primer lugar en el desarrollo de la marcha. La protesta no tuvo una cabeza que avanzara por las calles, a pie, hacia el Congreso, en la cual Blumberg y otras personas afectadas se encolumnaron hacia el emblemático edificio para entregar el petitorio –acción habitual en el repertorio de las protestas callejeras. Este modo de marchar muestra a conjuntos de ciudadanos en actitud de “peticionar” en lugares reconocidos como símbolos que encarnan a las instituciones. No, en este caso –tal vez el primero en la historia argentina– Blumberg llegó al Congreso en un auto policial con custodia. Él era un miembro de la sociedad civil que se desprendía de ella y hablaba en su nombre. Entró por el Senado, fue recibido por los asesores del vicepresidente de la Nación y por parlamentarios. Tras la reunión salió por la puerta principal del Congreso, lugar que sólo utilizan los presidentes de la República y las personalidades en ocasiones muy importantes. Su lugar de mediador quedaba claro. En la explanada había un palco; al llegar a él, la muchedumbre lo aguardaba en una actitud que adquiría ribetes religiosos por las velas blancas, las banderas argentinas y el si-

lencio sólo interrumpido por silbatinas a los tres poderes del Estado. No estaban permitidos –prohibición que no era habitual en las marchas del país– otro tipo de símbolos. La manifestación era de carácter “apolítico”. Expresaba a *todos*. Los medios utilizaron sintagmas tales como “conmovedora movilización” o “Por Axel. Por Todos” para referirse al hecho (Infobae, 2004b). Fue impresionante no sólo la enorme cantidad de personas, sino el silencio de matices religiosos en una ciudad azotada por los ruidos. Incontable cantidad de carteles mostraban las fotos de muertos en distintas circunstancias de violencia. Bajo el palco, varias mujeres de la Asociación Madres del Dolor¹⁹ quisieron acompañar a Blumberg. La orden fue tajante: “Sólo gente de Blumberg”. “Dígale que está la mamá de José Luis Cabezas [fotógrafo asesinado]”, dijo Norma Cabezas. Jamás hubo respuesta. El coro Kennedy cantaba “seremos libres/ les prometo que seremos libres/ Si no es mañana/ será el día después/ y estas velas encendidas darán luz a esta tierra [...] y todo el dolor y la sinrazón/ del día de hoy terminarán”. La vaguedad y ambigüedad de la secuencia sintagmática incluía a “todos” y construía la imaginaria comunidad que salva del desamparo. Blumberg, solo, habló a la multitud desde un palco vallado. Su discurso tenía un objetivo claro: empoderar para la rendición de cuentas. La *accountability* estaba en marcha en un marco que tenía tintes de sagrado.

Al mismo tiempo que en Buenos Aires, hubo marchas en La Plata, Mar del Plata, Córdoba, Rosario, Neuquén, Bariloche, Cipolletti, Tucumán y Río Negro (son ciudades pequeñas y medianas del interior de la República Argentina). Entonces, en algunas bocas volvió el “que se vayan todos”.

Tras el discurso, Blumberg entró al Congreso y luego fue trasladado a la Casa de la provincia de Buenos Aires en la Ciudad de Buenos Aires, donde entregó el petitorio en el que solicitaba que se impulsase la sanción de una legislación penal que contemplara los puntos que se enuncian a continuación: reprimir la portación de armas con pena de prisión no excarcelable; registrar públicamente la telefonía celular móvil y prohibir su venta a quienes posean antecedentes penales; regular la facultad de las fuerzas de seguridad para verificar la titularidad de teléfonos celulares en la vía pública y para su secuestro en caso de tenencia irregular; adoptar un sistema de documentación personal (DNI) que impida su falsificación o adulteración; legislar un sensible aumento en

19 La Asociación Madres del Dolor es una ONG formada inicialmente por mujeres cuyos hijos murieron en situaciones de violencia. Se plantea como objetivos consolidar la prestación de justicia, brindar servicios de asistencia y contención integral a víctimas y familiares de hechos de violencia y constituirse en un foro de defensa de los derechos y la seguridad ciudadana. Afirma que no forma parte de ningún partido político.

las penas mínimas y máximas para los delitos de homicidio, secuestro y violación (con mínimos de veinte años) y establecer un régimen de especial severidad cuando en el delito participen o estén involucrados funcionarios o miembros de las fuerzas de seguridad; legislar en el sentido de que las penas sean siempre de cumplimiento efectivo y total, sin salidas anticipadas en ningún caso; modificar el régimen de imputabilidad penal de los menores; cambiar la pena en condenas por dos o más hechos (ellas deberían sumarse sin límite máximo); legislar a fin de que la pena perpetua se cumpla efectivamente, y que no se reduzca a veinticinco años; legislar imponiendo para los encarcelados –sean procesados o condenados– una reeducación a través del trabajo; establecer un mínimo de ocho horas diarias en trabajos para la comunidad, obras públicas nacionales, provinciales o municipales; instalar talleres, industrias o manufacturas de cualquier tipo en el interior de las cárceles para el trabajo y el aprendizaje de artes y oficios, pues el mismo dignifica tanto al hombre libre como al detenido; reformar el sistema judicial a los efectos de obtener una justicia rápida, efectiva y con jueces idóneos, para garantizar la plena vigencia del Estado de Derecho. Se solicitaba que todo lo pedido se sancionase como ley con urgencia, y se recordaba que “todos merecemos vivir seguros dentro del marco de la ley” (*Infobae*, 2004c).

La carta venía a continuar las exigencias ya manifestadas por organizaciones como la CONACI en 2003 y requerimientos que políticos “de mano dura” como Ruckauf venían haciendo desde el año 2000. Articulaba de ese modo pedidos provenientes de los más diversos arcos sociales, sin que la táctica significara una “conspiración” entre tan disímiles grupos. Se trataba de un punto de vinculación estratégica de diversas tendencias unidas por la angustia, la muerte y la inseguridad. La misiva se transformó en petitorio, y fue avalada por millones de firmas. La denominada Gran Marcha en una semana había aparentemente descalificado, por su número y contundencia, a la manifestación popular contra la dictadura realizada en ocasión de la entrega de la ESMA. Al mismo tiempo, el vértigo mediático y las marchas que se sucedieron en el país parecieron hacer olvidar rápidamente el acontecimiento en el cual el centro del horror había sido entregado por el Estado a los organismos de derechos humanos, en medio del público pedido de perdón por parte del Ejecutivo; y acaso intentaban resignificar el valor imaginario de ese gesto. Era como si se le hubiese dicho a la población: “He aquí la consecuencia de haber tomado una política contraria al accionar de las Fuerzas Armadas; el gobierno equivocó su rumbo al entregar la ESMA a las organizaciones de derechos humanos y bajar el retrato de Videla; eso fue como reivindicar a los ‘subversivos’”. De hecho, estas eran las palabras que de una u otra forma se escucharon en boca de los más conocidos periodistas y medios ligados a los grupos tradicionales del país.

LA SEGUNDA MARCHA

Los argentinos deben aprender a ser puntuales

El 22 de abril se realizó la segunda gran marcha de reclamo de la cruzada Axel Blumberg. Esta vez fue de espaldas a los Tribunales de Justicia de la Nación; el núcleo del petitorio radicó en solicitar el “estado de emergencia judicial” que, a juicio de los redactores del escrito, se centra fundamentalmente en “aumentar el horario de trabajo”. Si en el primer petitorio se hacía foco en el control y “tratamiento de delincuentes”, el segundo orientaba las demandas hacia el control de la justicia por parte de la sociedad civil, y a ampliar el mapa del delito real o potencial, a fin de unificarlo en sus distintas variantes.

En esa segunda demostración se repetiría el ritual. Blumberg llegaría en un auto policial, con custodia, de contramano, y entraría al Palacio de Tribunales con su esposa. Una vez allí, serían recibidos en una sala privada de protocolo de la Corte Suprema. Cuando salió al palco, la cantidad de personas había disminuido sensiblemente respecto de la primera vez. Los cálculos oscilaron entre 32 y 90 mil personas, según qué medio o institución los hiciese. En esta convocatoria, era más notoria la presencia de personas de clase media y alta. Muchos padres y familiares de personas muertas impedían, a toda costa, la presencia de pancartas con consignas partidarias. La madre de un joven asesinado (Marcos Schenone) recordaría que “debieron hacer bajar muchos carteles rojos” (Guagnini, 2005: 197). Sólo permaneció en alto uno que decía: “Tenemos más de 30 mil razones para seguir luchando”. Este lema hacía una obvia alusión a los desaparecidos durante la dictadura militar; también se vería este texto en las primeras protestas por la masacre de Cromañón. En ambos tipos de marchas esa bandera desaparecería tiempo después, si bien en las manifestaciones por Cromañón reaparecería luego de varios meses, como veremos. A la segunda marcha convocada por Blumberg llegaron dos grupos de piqueteros que sumaban unas quinientas personas. A su paso se levantaban murmullos de desaprobación y miradas de desconfianza. No eran bien recibidos en esa Argentina que buscaba su “comunidad” por referencia, precisamente, a la otredad que encarnan esos conjuntos de familias desocupadas, pero organizadas. Ellos aún no lo habían comprendido (ocurriría algo parecido, durante varios meses, con los grupos de izquierda que intentaron solidarizarse con las víctimas de Cromañón: serían expulsados de las marchas, y sólo podrían volver luego un tiempo, como veremos).

En su discurso, Blumberg afirmó que era necesario que “los argentinos aprendan a ser puntuales”. Lo *acontecimental* de este enunciado radicaba en el hecho de que a todas luces el presunto líder social

regañaba públicamente a la multitud, pues el acto se había demorado unos minutos, a fin de esperar que todos llegaran. Blumberg actuaba como un padre lo haría a solas con sus hijos, o una maestra con sus alumnos, tratando de construir hábitos. Para completar el cuadro, centró sus palabras en que los funcionarios de la justicia “debían trabajar más”. Así se evidenciaba el punto de partida de la interpelación: la moralización de una población que debía trabajar y ser puntual. Los valores inculcados a un niño desde la cuna eran presentados como el camino para restaurar la comunidad perdida. Comunidad que debería tener el carácter de una familia en la cual el padre oficiaba de *pastor* que cuida al rebaño como totalidad, y a cada oveja en particular, a través de la exigencia de sacrificio, de “mortificación” diaria. Se trata de la estrategia del “buen gobierno” (a la que me he referido en los capítulos II y V) propuesta por los organismos internacionales: en ella, el supuesto es que las causas de la inseguridad radican en la corrupción de los funcionarios y en faltas morales de la población –vagancia e impuntualidad–, no en la estructura del sistema.

Tras el acto, Blumberg reingresó a Tribunales, donde entregó el petitorio al vicepresidente del Tribunal y a un juez. En él solicitaba: declarar en estado de emergencia el Poder Judicial de la Nación; “ampliar el horario de atención de [...] el Poder Judicial”; publicar “las estadísticas públicas de la cantidad de causas judiciales ingresadas y las sentencias dictadas”, así como “las declaraciones patrimoniales de los jueces y restantes funcionarios del Poder Judicial”; implementar un sistema de protección de funcionarios judiciales “que investigue al crimen organizado”; revalidar periódicamente los títulos de jueces, fiscales y defensores; exigir capacitación de peritos y auxiliares de la justicia; implementar un sistema de control ciudadano sobre la justicia; colaborar para que se designen o remuevan jueces y se creen nuevos juzgados; implementar el juicio por jurados en delitos graves y aberrantes; implementar un sistema único de información del Poder Judicial, una “red de redes” que unifique los datos de distintos organismos nacionales, desde la Administración Federal de Ingresos Públicos (AFIP) hasta Migraciones; implementar el “derecho a opinar de la víctima” en un juicio oral; y propender a la sanción de códigos procesales unificados entre Nación y provincias. El escrito insistió en la modificación del sistema de imputabilidad de menores y la prisión efectiva para la portación de armas sin distinción de calibres; creación de un sistema de telefonía celular que incorpore a los teléfonos el sistema de seguimiento satelital; conformación de la Oficina Federal de Investigaciones; reforma política para eliminar las listas “sábana”; e instrumentación del voto electrónico.

El acto se inició con el Himno Nacional, y finalizó con un “viva la Patria”.

LA TERCERA MARCHA

Acá los derechos humanos son solamente para los delincuentes, no para gente como ustedes

El 26 de agosto se realizó la tercera marcha, que tuvo mucho menor difusión por parte de los medios que sostenían la estrategia de Blumberg. En esta ocasión, el ingeniero llegó también al Congreso en un auto policial, y fue recibido por el vicepresidente y legisladores. No obstante, estos rechazaron de plano algunos de sus pedidos (como el de eliminar las listas “sábana” en las elecciones). Le detallaron todas las leyes que ya habían aprobado y, de algún modo, le dejaron traslucir que no iban a permitir que continuara dictando la agenda del país. Él, como siempre, repitió el ritual. Salió a la explanada donde se había organizado un palco y, frente a una concurrencia algo menguada respecto de la segunda marcha, emitió su discurso, en el que además atacó a los organismos de derechos humanos y trazó una línea de demarcación entre la comunidad y la otredad: “Porque acá los derechos humanos son solamente para los delincuentes, no para gente como ustedes”. Lo sugerente es que no era la primera vez que Blumberg decía esta frase; no obstante, esta vez sería realizada en varios medios de comunicación.

El “ustedes” establecía un peligroso límite entre los ciudadanos (era probablemente ese discurso uno de los factores que hacían menguar el número de sus seguidores). Las motivaciones de quienes habían decidido no participar más en las marchas organizadas por Blumberg, según una investigación realizada, parecen dividirse en cuatro: la principal radicaría en que muchas personas comenzaron a percibir a Blumberg como muy “mezclado con la política, no me gusta [...] no me da confianza”. La segunda, expresada por un rabino de la comunidad Bet El, se centraba en que se lo percibía como encarnando “una reacción política” muy vinculada a la derecha, con la que no se coincidía ideológicamente. La tercera razón consistía en que en las anteriores demostraciones se había instalado un vallado, y con esa actitud se había roto el ideal de que “todos somos iguales” (María Denegri, madre de un joven asesinado por delincuentes “comunes”). Finalmente, muchas personas adujeron que no era aceptable el hecho de diferenciar claramente los muertos en situaciones de violencia delincencial de los que fueron asesinados por razones políticas (Carbajal, 2004).

Como de costumbre, tras el acto con velas, banderas argentinas e Himno Nacional, Blumberg entregaba un tercer petitorio, en el que ampliaba las demandas hasta transformarlas en una estrategia de reforma profunda de políticas. Solicitaba:

- *Una reforma integral del sistema de minoridad* en dos sentidos: bajar la edad de imputabilidad de los menores y crear institutos que posibiliten la “rehabilitación”.
- *Una reforma integral de la estructura penal* a fin de crear un “sistema moderno coherente que garantice los derechos humanos”; reformar el Consejo de la Magistratura a fin de disminuir la representación del sector político, y garantizar la independencia de poderes e implementar el juicio por jurados.
- *Una reforma integral del sistema de vigilancia*; esto implicaba garantizar un DNI inviolable, crear una oficina federal de investigaciones similar al FBI y sancionar la ley de “información pública”.
- *Una reforma política* que apunte a la transformación del sistema electoral nacional a fin de evitar las listas “sábana” e implementar el voto electrónico.

Al gobernador de la provincia de Buenos Aires le presentó otro petitorio que tenía dos partes:

- *Referido a la policía bonaerense*, solicitaba sacar a los detenidos de las comisarías a fin de que la policía patrulle las calles; reentrenar, aumentar los sueldos, monitorear y asignar medios tecnológicos a la policía; implementar un servicio tipo “911”; e implementar la policía municipal.
- *Respecto de la justicia bonaerense*, requería hacer una modificación integral de ella que incluyese un mapa del delito.

El segundo y tercer petitorio apoyaban, en líneas generales el Plan Estratégico de Seguridad elaborado por Gustavo Béliz, ministro de Justicia y Seguridad de la Nación del presidente Kirchner, quien poco después del asesinato de Axel Blumberg confeccionó un proyecto que más adelante expondré, el cual fue anunciado al día siguiente de la primera marcha. El funcionario había estado ligado al Manhattan Institute of Policy Research. Finalmente el ministro debió renunciar, al mismo tiempo que la estrella de Blumberg se apagaba en el firmamento, aunque no la estrategia que había trazado.

De modo que, en un primer momento, el núcleo de los petitorios estuvo en los delincuentes; en un segundo tiempo se situó en los funcionarios de justicia negligentes, incompetentes y corruptos, y avanzó en el pedido de reforma de la justicia; en el tercer momento, abandonaba toda substancialización en sujetos y se concentraba en el orden penal, político y de minoridad. La estructura misma de las instituciones debía

ser reformada, tal como lo sostiene la estrategia de *accountability* social. *Se instaba a judicializar el Estado.*

La tercera marcha sería la última vez en la que Blumberg se enfrentara a una multitud tan grande. Después de ella, su exposición mediática y los seguidores de sus iniciativas decaerían, al menos en el número de quienes participan en marchas o ceremonias. Al día siguiente, el Poder Ejecutivo recibió a organismos de derechos humanos y ratificó a Madres y Abuelas de Plaza de Mayo la continuidad de su política en esa materia. Poco a poco la estrategia discursiva adquiriría matices nuevos.

LA CUARTA MARCHA

*El pueblo que caminaba en tinieblas
ha visto una gran luz*

En la cuarta marcha, el carácter religioso de la gesta se profundizó, así como también su carácter inclusivo y reconciliatorio entre todas las personas honestas, que podían pertenecer a grupos o comunidades disímiles. No obstante, allí fue evidente que Blumberg no era ni sería ya un líder social. Sólo había sido el canal para construir una nueva política. El acto fue convocado para el día 2 de junio de 2005, tras la excarcelación del principal imputado por la masacre de Cromañón, y en un postrer gesto que intentaba recapturar la adhesión social perdida. El gesto era inútil pero no superfluo, pues el nuevo imaginario, expresado también en esta marcha, seguía resignificando la nueva matriz de las protestas argentinas, y se extendía a las realizadas por la masacre de Cromañón.

Esa noche *dando las espaldas* a los Tribunales laicos de la Nación y frente a unas tres mil personas de clase media-alta, o alta exclusivamente, bajo la lluvia, desplegó una ceremonia que como siempre se desarrolló muy puntualmente, y en la que además de él sólo intervinieron tres representantes de distintas religiones. Allí se efectuaba una interpelación a la justicia humana en nombre de la divina. Si la justicia positiva ha fallado en Argentina, la promesa de justicia divina es algo que no puede estar afectado por carencias.

Rabino: En la Argentina corrupta e impune, nosotros somos llamados para traer en nuestra vida el trabajo de Dios. Volver a recuperarlo del exilio al que lo confinamos y hacer juntos el camino por la paz, por el amor y por la justicia.

Pastor protestante: Estamos aquí en esta noche frente a lo que debe ser el Palacio de Justicia [...] para traer la voz de Dios omnipotente que es la fuente de toda razón y de toda justicia

[...] Y pedimos a Dios que aquellos que han sido víctimas y aquellos que han perdido a sus seres queridos puedan definitivamente *perdonar a sus verdugos* [...] Le pedimos a Dios en esta marcha *por la reconciliación de este país a través de una manera diferente de actuar de la justicia*.

Sacerdote católico: Queridos amigos: el pueblo que caminaba en tinieblas ha visto una gran luz. En la tiniebla de la injusticia que recorre la historia de los hombres, que no es novedad, hay una luz, y es la de Aquel que no vino a ser servido sino a servir [...] Que brille la luz del bien común, de la justicia para todos y cada uno [...] que no tenga nombre ni apellido, ni clase social, ni prestigio. Que brille la luz [...] en el trabajo tenaz, silencioso, constante de una comunidad golpeada por el dolor de la injusticia, pero que escucha en su interior la voz de Aquel que le dice: “No tengas miedo”.

El intento de “reconciliación” sería posible por la instauración de una comunidad sagrada que superara los límites de la corrupción del Estado laico. Tras la ceremonia, se cantó “Aurora” (un himno de fuertes reminiscencias escolares, militares y patrióticas en el sentido conservador de la palabra) y se gritó como en otras ocasiones “viva la Patria”, eslogan que también se asocia a las Fuerzas Armadas. Más allá de que algunos aspectos de este ritual no parecen poder interpelar las subjetividades de muchos argentinos, los actos protagonizados por religiosos, misas y caravanas por la seguridad se habían instalado y seguirían realizándose en situaciones diversas. En el discurso ahora se incorporaba a los pobres, a los desvalidos. La inseguridad se fue deslizando hacia el lugar de la “corrupción”, pero también se hacía plural, al albergar a varias religiones, y hacia una especie de examen de conciencia de “los padres, adormecidos”. Las contradicciones de la ideología se hacían presentes, por ejemplo, en la frase del rabino en la que se exhortaba a “perdonar a los verdugos”. La fuerza del término “verdugo” lo hace casi inconciliable con la palabra “perdón”. No se exhortaba a “perdonar a los que no saben lo que hacen”. El verdugo es alguien que conoce su oficio. Más allá de la retórica, un sutil halo de venganza atravesaba todos los discursos.

EL CARÁCTER SAGRADO DE LA INTERPELACIÓN

Los rituales de interpelación fueron tomando paulatinamente un carácter cada vez más ligado a lo sagrado, a algo que más allá de la corrupción de la carne y de la historia puede mantenerse impoluto. Esto era evidente en la misa, que por la memoria de Axel Blumberg, se realizó en la Catedral Metropolitana el 23 de marzo de 2005. Así lo describía una periodista especializada en el caso, a quien entrevisté al finalizar el ritual.

M. 40 años: Y mirá, lo que uno va notando de un año a esta parte es cómo la gente, eh, el ciudadano común no encuentra en los políticos una respuesta, entonces idolatra, pasa a toda esa situación de paternidad, esa cosa inconsciente de la paternidad con los políticos y qué se yo, la pasa a... eh... en este caso a Blumberg, entonces lo que vos ves en el medio de –por ejemplo ahora, en la Catedral– es esa necesidad de tocarlo, ese ansia, esa emoción que sienten ellos, esa cosa de pararse en escalinatas como si fueran un coro y al paso de Blumberg aplaudirlo como si estuviera pasando la Virgen de Lourdes, el cadáver, la mujer que murió hace un mes, de la monja de Lourdes [se refiere a la religiosa francesa que siendo niña junto a otros dos chicos pastores dijo haber visto a la Virgen en Lourdes] Es exactamente lo mismo [...] Más allá de lo que le haya pasado, que debe ser lo peor que te puede pasar como ser humano, que se te muera un hijo, más allá de eso, vos decís: “¡Cómo proyectan en este hombre las necesidades políticas que no se tienen!”; eso es... incluso si vos querés, necesidades místicas porque lo terminan tocando como si fuera una imagen, en un momento a vos te dan ganas de decirle: “Mirá, comprate una estampita y tocala” (Misa por Axel).

Efectivamente, el ritual de interpelación en el que esa relación líder-masa se constituye era observable aún a un año de la muerte del joven Axel, aunque ahora en un contexto muy menguado de seguidores, en su mayoría miembros de las clases acomodadas.

La estructura de la interpelación se hacía presente tanto en los *enunciados* como en lo *visible* de los cuerpos, sus gestos, movimientos y miradas.

Juan Carlos Blumberg llegó al lugar puntualmente, como siempre. Llevaba, como una extensión de su cuerpo, la carpeta con la foto de su hijo Axel. Entró acompañado por el vicepresidente de la Nación. En el templo había unas mil personas. Su rostro expresaba dolor. Cuando el público lo vio, un aplauso invadió el recinto acompañado por gritos que decían: “¡Blumberg, Blumberg, Blumberg!” y “¡Justicia, justicia, justicia!”. Los dos se sentaron en primera fila junto a figuras de la política, miembros de algunas organizaciones de padres de jóvenes muertos, personas de la Fundación Axel Blumberg y un personaje popular: “El Tula”, conocido por tocar el bombo en las canchas de fútbol y los actos del régimen que gobernó Argentina en los años noventa. El mundo de la política y el de la sociedad civil se unían, incorporando simbólicamente a alguien que representa imaginariamente a los sectores más empobrecidos y carentes de educación, pero también miembro de clientelas

políticas. Como complemento de este reconocimiento a los pobres, a los excluidos, Blumberg había convocado a la misa con la consigna de llevar alimentos para los comedores de Cáritas (una organización católica vinculada a la caridad con los pobres, con fuerte apoyo del Estado). Durante la misa tuvo la mirada ausente, se quebró en un llanto profundo en el momento de las intenciones (pedidos a Dios que se hacen en voz alta entre todos los presentes). En su sermón, el cura no hizo referencias a la inseguridad.

Durante el ritual, en el imponente templo, impresionaba el enorme silencio de la multitud y los rostros acongojados. El clima trasuntaba algo que no es habitual en una ciudad acostumbrada a los gritos y a la falta de respeto. Era como estar fuera del tiempo y como si la calma y la paz imperasen en ese silencio respetuoso e increíble. Era como estar fuera de la historia, en *illo tempore*, el momento originario, que míticamente funda el tiempo (Eliade, 1982). Muchos sollozaban en silencio y todos miraban hacia delante, hacia un lugar muy cercano al que habitualmente contiene el cuerpo de Cristo, y frente al cual no le es permitido a un cristiano pasar de espaldas, un lugar que debe ser respetado por su sacralidad. Lugar que ocupan las más altas autoridades en las ceremonias oficiales. Espacio que esta vez estaba lleno de luces y rodeado de camarógrafos, que ahora sí daban la espalda al santísimo sacramento. Lugar donde estaba Él.

Al finalizar la misa, el sacerdote invitó a otro sector del enorme e histórico templo. De pronto, el silencio respetuoso se rompió casi como por encanto. La muchedumbre silenciosa comenzó a correr; el observador que por primera vez asistía a un acto de Blumberg comprendía que presenciaba algo poco usual en Buenos Aires; era como si todos supiesen qué hacer. Un conjunto de sacerdotes y hombres de civil lo custodiaban. Su rostro era sereno y bello; su caminar, firme y seguro. A partir del momento en que finalizó la misa, el silencio respetuoso se había trocado en verdadera batahola para acercársele. Sus seguidores corrían intentando tocarlo o verlo, como si fuese una figura sagrada. Lo más notable era que personas de clase alta fustigaban en voz baja a los movileros de los canales de televisión, diciéndoles: “Esto es un templo, respetá el lugar, andate, no hagas ruido”. Así, señoras muy bien vestidas, maquilladas y de tono altanero, con los ojos arrasados en lágrimas y tras haber corrido y casi gritado tras él –como podían haberlo hecho adolescentes tras un cantante de rock–, se deshacían en diatribas por lo bajo contra esos hombres que cámara en mano y con buenos modales les decían: “Disculpe, señora, estoy trabajando”. Era como si esas damas no pudiesen concebir que algo tan cotidiano como una cámara o un individuo morocho sencillamente vestido irrumpieran con su prosaica indignidad y les impidieran ver o tocar a ese Ser.

En la calle, tras la misa, la periodista entrevistada, con gesto de fastidio, decía:

M. 40 años: ¿Por qué te tenés que *bancar* [“soportar” o “aguantar” una situación desagradable] al guardaespaldas de Bloomberg que te pega? Sí, sí, en el medio de esa batahola [...] Los guardaespaldas de Bloomberg hacen lo propio y no son dos; tiene más guardaespaldas Bloomberg que Scioli [el vicepresidente de la República, que frecuentemente lo acompañaba].

En el interior del templo, al finalizar la misa, Bloomberg dirigió su mensaje, en uno de cuyos tramos expresó:

Por una toma de conciencia de toda la sociedad con respecto a la ilegitimidad del crimen. El crimen en todas sus manifestaciones, ya sea bajo el nombre de secuestro, de desnutrición o de Cromañón [aplausos], el crimen que sin darnos cuenta se mete [...] entre nuestros seres queridos y nosotros los padres, adormecidos, no supimos delatar. *Cada día de este año me estuve explicando el sentido que ha tenido el asesinato de Axel y es precisamente la respuesta lo que me lleva a escuchar que tengo que analizar los reclamos de la sociedad toda, reclamos de justicia, de seguridad, de tantos otros justos reclamos que antes no podíamos llevar a ninguna parte y hacerlos llegar a través de este nuevo compromiso ciudadano por el bien común. Siempre respetando nuestras instituciones y obrando para que funcionen como necesarios canales de comunicación entre el Estado y los reclamos de la sociedad, para que no se repita otro 24 de marzo [aplausos].*

Agradezco también a Dios la potente fuerza en que me ha transformado el amor que siento por Axel y *por lo que juntos supimos lograr*. Logramos transformaciones, logramos ubicar problemas fundamentales para la ciudadanía y la gesta política y en el debate público, que no ha sido poco.

En el discurso, la muerte del joven Axel ha tenido un sentido sagrado: hacer que el padre –en tanto *ciudadano individual*– se transforme en el líder de la sociedad civil que de modo apolítico represente los reclamos de “*la sociedad toda*” sin distinciones, y los transmita a instituciones estatales deterioradas. Se trata de la *accountability* a la que interpelaba el BM. Ahora bien, ¿cuál es el fundamento de la interpelación de Bloomberg? Se trata –de modo análogo al del presidente de los EE.UU.– de un mandato divino; Bloomberg no se presenta sostenido en la fuerza del mercado, sino en la de su hijo muerto, quien lo vincula a Dios.

A pesar de mi dolor [...] siento los millones de corazones que hoy nos acompañan en esta lucha [...] Sin todo ello sería imposible seguir construyendo el camino hacia una nueva Argentina. El camino es largo [...] Gracias otra vez por confirmarme cada día que la muerte de mi hijo Axel no ha sido en vano. Me queda la esperanza de que algún día, cuando llegue mi hora [...] podré encontrarme con él y decirle que cumplí. Una Argentina respetuosa [aplausos, gritos: “¡Blumberg, Blumberg!”] Que una Argentina respetuosa de la ley y amante de la justicia ha resurgido de su sangre justamente [aplausos: “Bravo”, “¡Justicia!”].

La muerte del joven Axel cobra así un sentido trascendente que lo arranca del horror por la incomprensible brutalidad del hecho. De su sangre brota la promesa de una “Argentina respetuosa de la ley y amante de la justicia”. Su muerte adquiere un carácter metafísico que sustenta un nuevo orden positivo, fundamentalmente una nueva justicia positiva que ocluye, en la alusión a lo sagrado, su fundamento neodecisionista.

Las palabras eran emitidas en un régimen de visibilidad que es consustancial a la función de interpelación ideológica, que sólo puede efectuarse en la materialidad del discurso. En este caso, Blumberg estaba parado muy cerca, de espaldas pero un poco más abajo que una enorme figura de Cristo con la corona de espinas (símbolo innegable del sufrimiento, de la mortificación, pero también de la redención de la humanidad), que parecía protegerlo y señalarle el camino con sus manos; los movileros, sacerdotes y guardaespaldas rodeándolo en círculo (la prensa, la iglesia y los organismos de seguridad estaban allí emblemáticamente representados, en tanto el vicepresidente de la República –personificando al Estado– había tenido que salir en medio de una silbatina). Ellos conformaban el círculo más cercano al líder, aquel que recoge y retransmite sus palabras y mensajes para los que no pueden estar allí. En una imaginaria y a la vez visible línea, los cuerpos apretujados de damas y señores de la alta sociedad formaban un segundo círculo; en él, muchos (sobre todo las damas) forcejeaban para acercarse a Blumberg, al tiempo que desdeñaban a los insulsos trabajadores de la prensa. Ellas, como decía una señora entrevistada a la salida de la misa, no necesitan de la mediación de nadie para hablar con los elegidos, o simplemente con los políticos. No obstante, allí ya no estaba el pueblo.

Si el Cristo doliente que vino al mundo a morir por todo el género humano fue cruel y sanguinariamente crucificado, su padre es Dios, quien ha de juzgar a todos; en la conjunción de ambos, el Espíritu

Santo, síntesis que no puede ni debe ser explicada racionalmente, es la fuerza que emerge de una comunidad que se reconoce en el Padre mediada por la muerte del Hijo. Tal cuadro es el que sugería la extraña escena de Blumberg hablando en la Catedral al elegante conjunto de señoras y señores, a pocos pasos de ese impresionante Cristo con la corona de espinas.